SOBRE LA VIDA Y LA MUERTE DE LA HERMANA LORENZA DE SAN PASCUAL (1655-1721)

INTRODUCCIÓN

Lorenza de Aznar Martínez, beata terciaria franciscana, conocida como Lorenza de San Pascual, nació en Huéscar el día 9 de agosto, víspera de San Lorenzo, del año 1655, y murió en el mismo lugar el 30 de julio de 1721. Su vida fue resumida por fray Gregorio Romero, uno de sus confesores, en un manuscrito de 28 folios, dividido en 61 párrafos numerados, fechado en Huéscar, el 2 de febrero de 1722[1]. Al margen del texto de los párrafos 1, 3, 5, 6, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 28, 31, 40 y 41 hay unas pequeñas rayas oblicuas, en el párrafo 22 incluso una pequeña aspa, en tinta más oscura que la del escrito, parece que el autor u otra persona al examinar el manuscrito marcó algunas partes del contenido que llamaron especialmente su atención. Tras el último folio se incluye un traslado, del 9 de agosto de 1721, de la partida de bautismo de Lorenza o Laurencia.

Ciertos datos del manuscrito se han podido completar y precisar con algunos documentos notariales.

Las obras manuscritas tienen cierta espontaneidad, el contenido no ha pasado por tantos filtros como el de las impresas. No obstante, también hay que acercarse a ellas con precaución debido al mecanismo de autocensura que siempre funciona. Asimismo, en este caso hay que tener en cuenta que no se trata de un testimonio escrito por la propia protagonista sino por un confessor

(1) Biblioteca Universitaria de Granada. ROMERO,G. *Relación breve de la virtuosa vida y ejemplares procederes de la hermana Lorenza de San Pascual beata de la tercera orden de N.P.S. Francisco, que murió con grande fama de Santidad.* Caja.2-25. En el folio Ir aparece la signatura antigua, B-85. Por razones de claridad citaremos por la numeración de los párrafos y no por la de los folios.

que además no la conoció desde el principio. Fray Gregorio llegó al convento de San Francisco de Huéscar hacia 1690, tras una estancia temporal se ausentó, regresando de nuevo en 1703[2]. Escribió la hagiografía de Lorenza basándose en los informes que le facilitaron otros confesores, también franciscanos, que ella tuvo, y en los que recibió directamente de ella durante los años en que fue su confesor[3]. No indica en qué año exactamente pasó él a ser su director espiritual ni por cuánto tiempo lo fue.

Dado que el manuscrito se transcribe íntegro y que el autor lo estructura en párrafos numerados sin un sólo epígrafe en todo el relato, vamos a sintetizar el contenido reagrupando párrafos bajo epígrafes orientativos, deteniéndonos en los puntos que nos han parecido más destacables, lo que deja el camino abierto a otras posibles interpretaciones y aportaciones.

DE SU INFANCIA, ADOLESCENCIA, JUVENTUD Y FAMILIA

Los padres de Lorenza a nivel social debían estar bien relacionados porque cuando la bautizaron fue apadrinada por D. Juan Bautista Rato[4].

La familia de su padrino figuraba entre las más destacadas de la localidad. D. Juan Bautista, "feudatario de S.M. en el Estado de Milán, uno de los señores del Valle de Rati", era regidor, familiar y alguacil mayor del Santo Oficio, disfrutando este último cargo por cesión de su esposa, Dª. Pascuala García de Villanueva[5]. Ésta, hija de los fundadores de la capilla de San Pascual del convento de San Francisco de Huéscar, sentía predilección por el santo de su nombre y la orden franciscana e inculcó en la ahijada su devoción a San Pascual. El hijo de sus padrinos por el año en que falleció Lorenza era patrón de la capilla y síndico del convento[6]. La madrina de Lorenza murió en julio de 1664 y fue enterrada en la capilla de San Pascual. Quedaron como herederos de sus bienes a "tercias e iguales partes" sus hijos D. Juan Pedro, Dª. Antonia María y Dª. María Engracia Lucrecia "niña de poco más de un mes"[7] La ahijada no aparece mencionada en el testamento.

(2) Relación breve... párrafos 37 y 38.
(3) Relación breve... párrafo introductorio sin numerar, fol. Ir.
(4) Relación breve... párrafos 1 y 2.
(5) Archivo de Protocolos de Granada (A.P.G). Huéscar. Protocolo Alonso de Toral. 1663-1664, fols. 121 rV y 466r-468v. Agradezco a E. SORIA MESA la localización de estos datos.
(6) Relación breve... párrafo 2.
(7) A.P.G. Huéscar. Protocolo Alonso de Toral, 1663-1664, fols. 466r-468v. El testamento está otorgado por el marido en nombre y con el correspondiente poder de su esposa.

Las cualidades espirituales de Lorenza se manifestaron muy pronto, a los 8 años. A los 15 años, Lorenza sufrió la amputación de "buena parte de la pierna". San Pascual mitigó la traumática experiencia con su mediación, de la que tuvieron una prueba visible los presentes en la operación. Desde entonces, en muestra de agradecimiento, decidió que la llamaran Lorenza de San Pascual. Por otra parte, tuvo que utilizar "una pierna de palo"[8].

La familia de Lorenza aparece integrada por la madre y dos hermanos. Al padre únicamente se alude para establecer la filiación, cabe suponer que murió siendo ella niña. El ambiente familiar no resultaba propicio para que ella desarrollara sus prácticas piadosas. Para comulgar diariamente, su madre no la dejaba ir a la iglesia los días laborables, tuvo que rogar a la Virgen que ablandara el corazón materno; Madre ideal frente a madre real. Por su parte, los hermanos se opusieron violentamente a que fuese beata, asunto en el que la madre se mantuvo al margen, no quería obstaculizar la vocación de la hija ni llevar la contraria a los hijos. Lorenza tomó el hábito de beata franciscana a los 24 años y a espaldas de su familia. Los hermanos aceptaron el hecho consumado e intentaron explicarse el porqué de su aceptación en una conversación con ribetes masculinos. La madre imitó a la hija haciéndose beata franciscana[9].

Señala Sánchez Lora que en la crisis general del siglo XVII se vieron amenazados los principios que presidían la jerarquización y ordenamiento social y en consecuencia se endurecieron. El principio de masculinidad, norma jerárquica y de ordenación tan fuerte como cualquier otra, también se volvió más rígido[10]. Teniendo en cuenta ese reforzamiento de la autoridad masculina, el gesto de Lorenza fue un desafío.

No hay en la obra reflexiones acerca del matrimonio y la vida monástica, tal vez a ella no se le plantearon estas opciones, ya fuera por convicción personal, por razones económicas u otros motivos. Matrimonio o convento no eran alternativas abiertas a todas las mujeres.

El matrimonio de ellas estaba condicionado, fundamentalmente, a la aportación de una dote de cuantía estimulante para el futuro marido, y, secundariamente, a que la mujer "apareciera como deseable"[11]. Las dificultades de las mujeres para ingresar en un convento venían dadas por la falta de plazas, los conventos femeninos eran menos numerosos que los masculinos, y por la

(8) Relación breve... párrafo 3.
(9) Relación breve... párrafos 7 y 8.
(10) SÁNCHEZ LORA, J.L. *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca.* Madrid. 1988. Pág. 31.
(11) VIGIL,M. *La vida de las mujeres en los siglos XVI y XVII.* Madrid. 1986. Pág. 83.

exigencia de una dote pues, salvo excepciones, los conventos de monjas estaban sumidos en la pobreza y sólo acogían a las que llevaran una dote capaz de contribuir a su subsistencia. Estos obstáculos indujeron a muchas mujeres que no podían acceder a un convento a ser beatas y formar beaterío[12].

Los centros de la vida religiosa en Huéscar, perteneciente en lo espiritual a la mitra toledana y en lo temporal al duque de Alba, eran dos parroquias, Santa María de la Encamación y Santiago, y tres conventos, el de Santo Domingo, otro de monjas dominicas y el de San Francisco de menores descalzos[13]. Igualmente, había un beaterío, el de Santa Ana, vinculado a la parroquia de Santiago[14].

Lorenza fue beata individual, vivió en su casa y no en comunidad con otras. Según parece por la hagiografía no había en la localidad un beaterío de terciarias franciscanas. Del testamento de otra terciaria franciscana, la hermana Matías de San Buenaventura, natural de Yecla y vecina de Huéscar, se desprende que también vivía sola[15].

DE SU AMIGA Y MAESTRA HASTA MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

En el escrito no se dedica ningún calificativo elogioso a la orientación religiosa dada por los confesores a Lorenza y solamente se menciona el nombre de uno de ellos, pero en un contexto al margen de la guía espiritual.

Por lo que dice el autor, en la vida espiritual y afectiva de Lorenza jugó un papel de primer orden una mujer, Francisca María de la Jara. Ambas fueron "íntimas amigas". Francisca, un año mayor que Lorenza, estaba dotada del

(12) DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. *Las clases privilegiadas en el Antiguo Régimen*. Madrid. 1979. Págs. 321322Del complejo y contradictorio mundo de las beatas, en el que aún falta mucho por investigar, se han ocupado, entre otros, los siguientes trabajos. PONS, F. *Místicos, beatas y alumbrados. Ribera y la espiritualidad valenciana del siglo XVII.* Valencia. 1991. Págs. 143-175. PALACIOS ALCALDE, M.ª "Las beatas ante la Inquisición". *Hispania Sacra*, 40, 1988. Págs. 107-131. MIURA ANDRADES, J.M.ª "Formas de vida religiosa femenina en la Andalucía Medieval. Emparedadas y beatas". *Religiosidad femenina: expectativas y realidades (ss.VIII-XVIII)*, Madrid. 1991. Págs 139-164. Y "Milagros, beatas y fundaciones de conventos. Lo milagroso en las fundaciones dominicanas desde inicios del siglo XV a finales del siglo XVI". *La religiosidad popular. II. Vida y muerte: la imaginación religiosa.* Barcelona. Págs. 443-460. IMIRIZALDU,J. *Monjas y beatas embaucadoras.* Madrid. 1977. SCHULTZ, van KESSEL, E. "Vírgenes y madres entre cielo y tierra. Las cristianas en la primera Edad Moderna". *Historia de las mujeres en Occidente. 3. Del Renacimiento a la Edad Moderna.* Madrid. 1992. Págs. 172-175. SÁNCHEZ ORTEGA, Mª H. "La beata de Villar del Águila". Historia 16. 74. 1986. Págs. 23-34.

(13) LÓPEZ, T. *Diccionario geográfico de Andalucía: Granada.* Granada. 1990. Pág. 97.

(14) A.P.G. Huéscar. Protocolo Gabriel Girón, 1677-1678, fols. 372r-373r.

(15) A.P.G. Huéscar. Protocolo Gabriel Girón, 1689-1693, fols. 25r-26r.

don profético y fue para Lorenza "una excelente maestra", ejerciendo sobre ella "santo y amigable magisterio". Francisca "le registraba lo más oculto de su corazón" y Lorenza "recibía sus consejos con veneración y los ejecutaba con cuidado"[16].

Se describen los procedimientos utilizados por Francisca a fin de que Lorenza no se distrajera en la iglesia y quitarle de la cabeza unos escrúpulos relativos a la gula, única tentación que al parecer asaltó a Lorenza en toda su vida. Fue Francisca la primera en saber que su amiga quería ser beata y quien le aconsejó rebelarse ante la prohibición de los hermanos, razonando que primero era Dios que la familia[17]. Un consejo evangélico, (Cfr. Lucas, 14-26).

A lo largo del escrito se insertan escenas reflejando la estrecha y santa amistad que las unía. Francisca asistiendo a la profesión de beata de Lorenza, ayudándola a vestirse el hábito y poniéndole la toca, como una amiga o una madre ayudaría a la novia el día de la boda. La tarde en que las dos tuvieron una visión conjunta del Cielo. La vez en que Lorenza después de comulgar vio "dentro de su pecho la hermosura de Cristo" y se encontró con Francisca que la abrazó diciéndole, "Jesús!. Y qué mujer tan hermosa y qué hermosísimo es el Señor que la crió y redimió y la viene acompañando!", alabanza en la que, a parte del juego de las dos hermosuras, podría haber un eco evangélico. (Cfr. Lucas, 11-27). El Jueves Santo en que velaron las dos toda la noche ante el Monumento y Francisca reclinó la cabeza en el hombro de Lorenza, de nuevo encontramos otra imagen evangélica. (Cfr. Juan 13-23). Sin embargo,se han invertido los sexos y los papeles, porque es la maestra la que apoya la cabeza en el hombro de la discípula[18].

Francisca murió a los 28 años. Cuando estaba agonizando llegó Lorenza y se despidieron de alma a alma. La muerte no interrumpió la amistad. Francisca solía ser enviada desde el otro mundo para advertir a su amiga de las contiendas que el demonio le preparaba, para "confortar su alma con celestiales amonestaciones" o para traerle una "medicina celestial" cuando se agravaban sus enfermedades[19]. Francisca fue enterrada en la capilla de San Pascual.

(16) Relación breve... párrafos 4 y 6.
(17) Relación breve... párrafos 5, 6 y 8.
(18) Relación breve... párrafos 8, 13, 23 y 26.
(19) Relación breve... párrafo 13.

DE SUS ENFERMEDADES Y DIVINOS CONSUELOS

Las enfermedades más frecuentes en Huéscar eran reumatismos inflamatorios, pulmonías, tercianas, "pleusías" y tercianas y cuartanas dobles, "aunque los que guardan buen régimen suelen padecer poco de estos males"[20].

En el páfrafo 11 se intenta garantizar el libre albedrío de Lorenza mediante el ofrecimiento que de sí misma hizo a Dios para sufrir, contrarrrestando los vestigios de predestinación que pudieran verse en el párrafo 1, en la frase que abre el párrafo 4 y en expresiones por el estilo[21].

Lorenza estuvo casi siempre muy enferma, se explican los síntomas, con mejorías intermitentes. La atendía una cuñada. Recibió la extremaunción en doce ocasiones y pasó los últimos doce años de su vida sin poder moverse de la cama. El carácter providencial de las enfermedades de Lorenza se resalta señalando el modo ejemplar de sobrellevarlas y el buen aspecto físico que ofrecía. Su alimentación era escasa, como ella explicó a un confesor que la interrogó sobre este particular, podía mantenerse en alma y cuerpo gracias al alimento eucarístico, se incluye prueba[22].

A la importancia de la comunión sacramental frecuente y a la del cumplimiento sin dilaciones del precepto eclesiástico de confesar y comulgar se asocia el alivio momentáneo que a veces se le concedía en sus enfermedades, pudiendo ir a la iglesia en persona. Cuando estaba demasiado enferma para moverse se le concedía asistir y comulgar en espíritu en la misa conventual de los franciscanos, notoria semejanza con un episodio de la vida de Santa Clara, o la visión de San Pedro de Alcántara oficiando misa en su aposento, comulgando así espiritualmente. Gracias al vicario D. Domingo Cordero, hacia 1695 se le empezó a administrar la comunión en su casa algunos días durante los períodos en que las enfermedades le impedían levantarse, lo que dio pie a que se le hiciera otra divina concesión[23].

(20) LÓPEZ, T. Ob. cit. Pág. 99.

(21) Para la espinosa cuestión del libre albedrío y la gracia en las hagiografías véase SÁNCHEZ LORA, J.L. Ob. cit. Págs. 407-414. Respecto al jansenismo en España y sus significados véase HERR,R. *España y la revolución del siglo XVIII.* Madrid, 1975. Págs. 12-15.

(22) Relación breve... párrafos 9, 10 y 53. En la época se creía que las enfermedades del cuerpo reflejaban los pecados del alma, MARTÍNEZ GIL, F. *Muerte y sociedad en la España de los Aus trias.* Madrid. 1993. Págs.113-117. De ahí el matiz providencial dado en el texto a sus enfermedades.

(23) Relación Breve... párrafos 29, 30, 31 y 32. Una Navidad que Santa Clara estaba muy enferma fue transportada milagrosamente a la iglesia de San Francisco, pudiendo asistir a maitines, a la misa de media noche y comulgar. FLORECILLAS DE SAN FRANCISCO, Biblioteca Básica Salvat,1969, pág. 82.

DE SU OFICIO DIVINO

"Antes de ser beata hacía labor de manos y con gran destreza, mas después que con el santo hábito le puso Dios su Cruz sobre sus hombros tuvo por oficio otras labores de superior jerarquía en divina contemplación"[24].

Liberada de labores manuales, compaginó sus enfermedades con disciplinas. Oraciones. Visiones, revelaciones y éxtasis, de "estos divinos excesos que tenía en su casa y en la iglesia" únicamente se enteraron sus confesores, ella rogó a Dios que no fuesen de dominio público para que nadie la considerase buena[25]. También mantuvo contiendas con los demonios.

En este largo apartado, entre párrafos 12 y 50, la carga moralizante y aleccionadora es evidente. Resumiendo, el objetivo de la vida de Lorenza era hacer el bien a sus prójimos vivos y difuntos. Solicitaba con sus prácticas penales, devocionales y conducta el remedio pertinente de las necesidades y deficiencias espirituales, de las que no estaba libre el clero, que Dios le manifestaba. Destacándose el poder de la oración y de la intercesión de la Virgen, cuya presencia junto a Cristo en las visiones es casi constante, capaces de templar la cólera divina, la ingratitud humana hacia los misterios divinos y la obligación de corresponderlos debidamente.

Se expone, sin descripciones sangrientas, su ejercicio de disciplinas, realizado aún estando enferma, y la conversión de dos pecadores a que dio lugar una noche que la oyeron, no la vieron, practicarlo. En otro apartado se detalla la ardua empresa de conversión de un pecador más[26].

Se enumeran sus devociones cotidianas y formas de rezarlas, reforzadas con visiones ilustrativas de la Virgen y de Cristo. Aplicaba sus oraciones por las necesidades de las almas del Purgatorio, con las que llegó a estar bastante familiarizada; por las de los infieles y malos cristianos; por las de Felipe V en el difícil comienzo de su reinado, quedando así asociada a la causa del Rey legítimo y a la figura regia; por las de Huéscar, afligido en 1703 por una mortandad, castigo divino según el texto; y por las de la provincia de San Pedro de Alcántara, con explicación aclaratoria y crítica de San Francisco acerca de lo que precisaba la orden[27].

En las festividades más importantes de la Iglesia, vividas por Lorenza con el recogimiento, prácticas y meditaciones convenientes, tuvo muchos de sus

(24) Relación breve... párrafo 16.
(25) Ibidem.
(26) Relación breve... párrafos 12 y 36.
(27) Relación breve... párrafos 14, 15, 33, 34, 35 y 40.

éxtasis y visiones celestiales, de los que solamente vamos a comentar dos aspectos[28].

En primer lugar, las visiones de Lorenza carecen de potencia gráfica, no hay descripciones elaboradas ni minuciosas del Cielo, ni de la apariencia de Cristo, la Virgen, los ángeles y los santos. En segundo lugar, contienen referencias bíblicas. Con la visión que tuvo una festividad de la Purificación "quedó Lorenza enterada de lo que San Pablo nos dice", y efectivamente el motivo de la reflexión es de Romanos 8,18. Un Jueves Santo, enferma en la cama, vio a Cristo tan "maltratado y ofendido" que experimentó un abundante sudor de sangre, (cfr. Lucas 22,44). En la visión de poco antes de la fiesta de la Ascensión, en la que se asocia la Ascensión con la Asunción, cuando se le aclara el significado de la multitud de hormigas que ella vio en la tierra desde lo alto, parece que se entrecruzan ideas de dos pasajes evangélicos, (cfr. Lucas 10,40-42 y Mateo 6,19-20). En la visión del segundo día de Pascua, observó a Cristo confeccionando "cierta vestidura", era la "estola de inmortalidad", la imagen podría proceder de otro texto paulino, (cfr. I. Corintios 15,53); sin embargo, la reflexión de esta visión es una variante de la del día de la Purificación. En la visión del tercer día de Pascua, también se celebraba la fiesta de San Pascual, lo que le dijo el santo "nos consta por el sagrado Evangelio", (cfr. Lucas, 15,7)[29].

La relación de Lorenza con Cristo es de tipo filial. Él la llama hija, en las relaciones familiares de la época era una posición más subalterna que la de esposa, o alma, que no diferencia géneros. Pero en la visión del día de la Ascensión podría haber una readaptación de un desposorio místico, el símbolo de la alianza se ha sustituido por la crucecita que Cristo le pone "dentro del corazón"[30]. Además, en esta visión hay rastros de versículos del Cantar de los Cantares, (cfr.8,5-6 y 6,3).

Las referencias bíblicas cumplen una clara función pedagógica en el contexto completo de cada visión, independientemente de la parte que en las mismas le corresponda al autor, los medios terrenales por los que Lorenza pudo llegar a asimilarlas podrían haber sido cualesquiera de los que en la Edad Moderna informaron, formaron e incluso deformaron las creencias, devociones, conciencias y conductas religiosas, como libros, discursos y sermones leídos u

(28) Relación breve... párrafos 16 a 28.
(29) Relación breve... párrafos 19, 20, 21, 24 y 25.
(30) Relación breve... párrafo 22. Agradezco a A. TORRES FERNÁNDEZ indicarme el Cantar de los Cantares.

oídos, el púlpito y el confesionario[31]. Lo mismo cabría aplicar a las que aparecen en el contexto de la amistad entre Lorenza y Francisca.

Respecto al nivel cultural de Lorenza, en la hagiografía no se alude a ninguna obra que ella pudiera haber leído por consejo de sus confesores o por su cuenta, ni que dejara algún escrito. Gracias al hallazgo de tres testamentos y un codicilo suyos hemos podido conocer que sabía firmar, lo que no implica, necesariamente, que supiera leer y escribir; igualmente, en los testamentos no figura ningún libro que ella tuviese y deseara legar a otra persona.

Por otra parte, en la visión de una octava del Corpus, se compara la Eucaristía y los cuidados y el alimento que a través de este sacramento proporciona Cristo con los que la más amorosa de las madres dispensa a sus hijos[32]. La comparación del amor de Cristo con el amor de una madre fue una manera de entender el amor de Dios compartida por hombres y mujeres,en la que brilló Jualiana de Norwich, siglo XIV, con sus consideraciones sobre Cristo como Madre misericordiosa y nutridora[33].

Para las gentes de los siglos XVI, XVII y XVIII los demonios actuaban en el marco de lo cotidiano. Libros y sermones hacían hincapié en la intervención diabólica en el mundo y en las vidas humanas[34].

En la hagiografía se detalla el episodio de la monja dominica exorcizada por el autor y la agonía y muerte de esta religiosa años después a consecuencia de un cáncer de mama; Lorenza colaboró en todo el caso con sus oraciones. Ella no tuvo visiones del Infierno ni de los condenados, pero según el escrito sí luchó contra las fuerzas demoníacas. Se nos dice qué le ocurrió una vez que los demonios la tiraron al suelo y porqué fue preciso que la curara un sacerdote; que en otra ocasión Lorenza conjuró en espíritu a un demonio duende que con sus "pesadas burlas" y "travesuras" estaba alterando la casa, y presumiblemente los nervios, del gobernador de Huéscar; y cómo afrontaba Lorenza la situación cuando los demonios se entrometían en las tormentas locales[35].

(31) Medios de difusión que han sido analizados por ÁLVAREZ SANTALO, C. "Adoctrinamiento y devoción en las bibliotecas sevillanas del siglo XVIII", *La religiosidad popular II*... págs. 21-45. AGUILAR PIÑAL, Fr. "Predicación y mentalidad popular en la Andalucía del siglo XVIII", *La religiosidad popular. II*... págs. 57-71. GAN GIMÉNEZ, P. "El sermón y el confesionario, formadores de la conducta popular", *La religiosidad popular. II*... págs. 111-124.

(32) Relación breve... párrafo 27.

(33) KING, M. L. *Mujeres renacentistas. La búsqueda de un espacio*. Madrid. 1993. Págs. 157-158.

(34) CARO BAROJA, J. *Las formas complejas de la vida religiosa (Siglos XVI y XVII)*. Madrid. 1985. Págs. 86-92.

(35) Relación breve... párrafos 37, 38, 39, 41, 42, 43, 44 y 45. Véase DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. "Iglesia institucional y religiosidad popular en la España barroca", *La fiesta, la ceremonia, el rito.* Casa de Velázquez-Universidad de Granada. 1990. Págs. 9-20, especialmente lo escrito en las páginas 19 y 20 sobre la posesión diabólica.

DE SUS CURACIONES A LOS DEMÁS

Muchas personas pedían a Lorenza que rezara por ellas para recuperar la salud cuando enfermaban. Mediante sus oraciones curaron de sendas graves enfermedades, se dan pormenores, uno de sus confesores y el propio hagiógrafo, hechos ocurridos hacia 1686 y hacia 1710 respectivamente; por el último rezaron juntas Lorenza y su amiga Feliciana de Ortega, terciaria franciscana que al morir fue enterrada en la capilla de San Pascual. Hasta el provincial fray Antonio de la Peña, 1693, solicitó sus oraciones antes de partir a Vitoria al capítulo general de la orden, se indica el accidente que sufrió en el viaje y el modo en que a pesar del percance se protege la reputación de Lorenza[36].

A continuación se va exponiendo cómo curó a una importante señora de un dolor de muelas; la sencillísima composición de su agua de San Pedro de Alcántara, "medicina y remedio universal" cuya aplicación "era en Lorenza como oficio cotidiano"; y la curación de una niña ciega. La ortodoxia de su proceder intenta salvaguardarse recurriendo a la figura y los méritos del santo y dejando a Dios como verdadero autor de las curaciones. Además, ella no quería que nadie le agradeciese nada; no obstante, la Providencia y la caridad cristiana aliviaron enormemente su pobreza[37]. Esta actividad suya, que como mínimo podría situarse en el límite de la ortodoxia, es mencionada casi al final de la hagiografía quedando arropada, y tal vez se pretenda así que legitimada, por lo expuesto en todos los párrafos precedentes.

La última enfermedad, también providencial, que padeció Lorenza, la mantuvo confinada en la cama doce años. El prestigio alcanzado por Lorenza a esas alturas de su vida parece más que considerable, la gente acudía sin cesar a su casa buscando sus consejos, oraciones y el agua prodigiosa[38].

DE SU AGONÍA, MUERTE Y ENTIERRO

Según el autor, Lorenza abrigaba el secreto deseo de ser enterrada en la capilla de San Pascual, donde lo fue Francisca. Recibió autorización del provincial para ser sepultada al morir en el convento de San Francisco a raíz de la solicitud que hizo, no se dice cuando, una monja dominica sin conocimiento

(36) Relación breve... párrafos 46, 47, 48 y 49.
(37) Relación breve... párrafos 50, 51 y 52.
(38) Relación breve... párrafos 53, 54 y 58.

de Lorenza. La hagiografía habla del trasfondo sobrenatural que hubo en la iniciativa de la religiosa[39].

Lorenza falleció el 30 de julio de 1721. En cuanto a las circunstancias y el ambiente que rodearon su muerte, se menciona la previa y tranquilizadora visita de Francisca, cómo murió, la presencia de su confesor y de una sobrina de Lorenza cuya mano mantuvo ésta aferrada, la gente que inundaba la casa y la habitación, el amortajamiento del cadáver y la reacción popular. Asimismo se dan pormenores de su multitudinario y solemne entierro. Al guardian del convento competía elegir el sitio donde debía ser enterrada pero D. Juan Pedro Rato, hijo de los padrinos de Lorenza y patrón de la capilla de San Pascual, pidió que fuese sepultada en la capilla. Para el autor, Dios evitó así que se separaran "en la muerte" las dos amigas[40].

Los últimos cuatro párrafos de la obra se destinan a exaltar las virtudes de Lorenza a fin de "tomar de ellas lo ejemplar que nos ofrecen y alabar a Dios a que nos mueven y obligan"[41].

DE SUS TESTAMENTOS

El primer testamento de los que hemos encontrado de Lorenza está fechado el 11 de septiembre de 1685, la gravedad de su estado le impidió firmarlo[42]. El segundo lo firmó el 16 de octubre de 1690[43]. Y el tercero y definitivo, el 8 de diciembre de 1692[44]. A éste añadiría un codicilo el 7 de noviembre de 1720[45]. Veamos algunas disposiciones.

Otorgó el primer testamento a los 30 años. Estipulaba, en función de la licencia que tenía del provincial, ser enterrada en el convento de San Francisco donde señalara fray Pedro Polanco, guardián del convento y confesor suyo. La mencionada licencia se solicitó, por tanto, al menos treinta y seis años antes de su muerte. En el tercero, rogaba al guardián ser sepultada "a los pies de los cuerpos difuntos de mis hermanos y padres religiosos que descansan ya en el Señor". De acuerdo con esta puntualización y teniendo en cuenta que la licencia facultaba al guardián a elegir el sitio de su sepultura, en realidad lo escogió

(39) Relación breve... párrafo 52.
(40) Relación breve... párrafos 55, 56 y 57.
(41) Relación breve... párrafos 58, 59, 60 y 61.
(42) A.P.G. Huéscar. Protocolo Gabriel Girón, 1683-1685, fols. 178r y v.
(43) A.P.G. Huéscar. Protocolo Gabriel Girón, 1689-1693, fols. 127r-128v. (44). A.P.G. Huéscar. Protocolo Gabriel Girón, 1689-1693, fols. 156r-157v.
(45) A.P.G. Huéscar. Protocolo Blas Girón, 1716-1721, fols. 21r-v y 101r-v.

D. Juan Pedro Rato, y que además éste y el guardián figuraban entre sus albaceas, nos preguntamos si su entierro en la capilla de San Pascual no supondría un incumplimiento del deseo de Lorenza expresado en este testamento, lo que explicaría la forma de abordar el lugar de su sepultura en la hagiografía.

En los tres testamentos dispone ser amortajada con el hábito de terciaria, pero en el segundo pide que sobre su cadáver "vaya el Paño del Santísimo Sacramento de donde soy cofrade, me asista su cera y las demás cofradías de donde pareciere serlo". Disposición que no aparece en el primer testamento y desaparece del tercero. En la hagiografía no se dice que perteneciera a cofradías.

En los dos primeros testamentos su entierro se haría con asistencia de la Cruz, beneficiados, curas y capellanes de la iglesia de Santa María, su parroquia y sería "llano, con una estola y tres paradas como es costumbre"[46]. Por su alma se diría, primer testamento, una misa de réquiem cantada con ministros y vigilia, a la que se agregan, segundo testamento, cuatro misas rezadas de cuerpo presente y dieciseis misas rezadas más.

Nombraba heredera de sus bienes y derechos a su madre, primer testamento, y en el segundo dejaba heredero a su hermano Antonio de Aznar. No se especifican los bienes en ninguno de los dos.

En el tercer testamento, la forma de su entierro se reduce a solicitar la presencia de la Cruz, el cura y el sacristán de su parroquia, cantándose por su alma una vigilia y misa de cuerpo presente, rogaba que todo ello se hiciera por limosna y caridad a causa de su extrema pobreza. Por caridad también suplicaba al provincial y al guardián que se dijeran por su alma las misas y oraciones que consideraran.

Declaraba carecer de bienes raíces y muebles, pues "lo poco" que había heredado de sus padres lo renunció, por amor a Cristo, en favor de su hermano Antonio de Aznar. Incluso la ropa de su cama era prestada de limosna. Su hermano sigue siendo el heredero de sus derechos y acciones[47].

En este testamento hay una cláusula muy significativa. Ella tenía dos imágenes representando a la Purísima Concepción. Una "en papel de marca, orlada de ángeles y adornada con un marco de pino teñido de color negro". La otra era una pequeña escultura "pero muy merecedora de reverente culto así

(46) En Huéscar, un entierro llano era aquel en el que estaba representada una de las dos parroquias, siendo doble si concurrían las dos.

(47) En el testamento de la hermana Matías de San Buenaventura, lo relativo al entierro y a la pobreza de la testadora se expresa en términos muy semejantes. También ella había renunciado a sus bienes, las herederas de sus derechos y acciones serían las ánimas del Purgatorio (n.16).

por su representación como por su materia prodigiosa pues es de la higuera original y admirable que produjo maravillosamente el báculo de San Pedro de Alcántara cuando el santo lo plantó en su huerto". Confiaba en que Cristo y la Virgen inspirarían a alguna persona piadosa "para que fabrique un oratorio y casa y la dote con alguna rentilla a fin de que sirva de seminario o colegio a donde algunas doncellas honradas y virtuosas de las de mi orden de penitencia se puedan retirar y recoger para estrecharse a mayor fruto de perfección. Por tanto, es mi voluntad que si llegase el caso dicho se coloquen en el oratorio que se hiciese las dichas dos imágenes y ruego desde ahora con toda mi alma al fundador que fuere de obra tan memorable y tan digna de los divinos ojos que al dicho seminario le de su merced este título: *Colegio de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora*". El subrayado es del original.

Este proyecto de fundación de Lorenza no se menciona en la hagiografía, tal vez uno de los objetivos de la obra fuese ir preparando el terreno.

El codicilo estipulaba que a su fallecimiento se entregasen, para ser divididos, a tres mujeres todos los bienes muebles y ropas que hubiese en su casa y le pertenecieran, entre ellas estaba Antonia de Aznar hija de Miguel Aznar, vecino de Orce, quizá estos sean el otro hermano y la sobrina aludidos en la obra.

Otra disposición nos da la cuantía de una de las limosnas con que fue socorrida y además nos indica que la fama de Lorenza llegó hasta Madrid, posiblemente a través de D. Domingo Cordero, el vicario del se habla en la hagiografía y que también fue visitador de la villa.

Declaraba Lorenza que unas señoras de Madrid le dejaron en su testamento una "renta o limosna vitalicia" de 1.100 reales anuales. Cuando ellas murieron entró en posesión de sus bienes D. Domingo Cordero, él le fue entregando la renta y la dejó confirmada en su testamento. Al morir, su hacienda y la de las señoras recayó en D. Juan Antonio de Aguilera, vecino de Madrid, y "por éste no se le han dado, aunque ha más tiempo de once años más que 300 reales pocos más o menos, los que constasen de recibos suyos por cuenta de dichas anuales rentas o limosnas". En consecuencia, mandaba que se liquidara la cuenta y que la cantidad adeudada pasara al convento de San Francisco para que se empleara en el adorno del culto divino, siendo también una muestra de gratitud "por lo bien que dicha comunidad lo ha hecho con la otorgante de muchos años a esta parte". Si en once años no le habían pagado a ella más que unos 300 reales al año, la cifra que se le debía en el momento de firmar el codicilo ascendería a unos 8.800 reales.

Sánchez Lora se ha referido, especialmente en el caso de las mujeres, a la elección de la "santidad" como una vía de estimación y afirmación personal,

la sociedad recompensó con su aprecio a quienes cumplieron eficazmente con esa función que se consideraba muy necesaria[48].

Lorenza fue beata individual, tuvo visiones celestiales, éxtasis y combates con el demonio, sufrió enfermedades casi continuamente, paradójicamente fue curandera, mantenida y asistida por personas agradecidas y personas que la admiraban, fue consejera y mediadora con sus oraciones. Si, según el autor, de sus visiones, éxtasis, revelaciones y, posiblemente también, combates con el demonio únicamente estaban enterados sus confesores, el crédito y el prestigio de Lorenza se deberían a todo lo relacionado con su conducta exterior, especialmente a su faceta de curandera que sería uno de los principales aspectos del papel que esta mujer desempeñó en la sociedad.

Por lo menos, podría haberse hecho sospechosa de hechicería en conexión con el curanderismo[49].

El autor intenta disipar todas las dudas de heterodoxia que las creencias y prácticas de Lorenza pudieran suscitar. Según la documentación manejada parece ser que nunca tuvo problemas con la Inquisición. En su caso la balanza se inclinó por la ortodoxia y a su favor. En lo que influirían su personalidad, comportamiento, habilidad, convicción propia y ajena en su sinceridad, el amparo que le dispensó el clero, la protección que le proporcionaría su vinculación por bautismo a la familia Rato García de Villanueva y un entorno social que la respetó y no se volvió contra ella. Igualmente, fue una mujer preocupada por facilitar a otras mujeres el seguimiento de su vocación religiosa. No sabemos si la fundación ideada en esa línea por Lorenza cuando tenía 37 años se hizo realidad alguna vez.

* * *

Relación breve de la virtuosa vida y ejemplares procederes de la hermana Lorenza de San Pascual, beata de la tercera orden de nuestro padre San Francisco, que murió con grande fama de santidad[50].

* * *

(48) SÁNCHEZ LORA, J,L. Ob.cit. pág. 340.

(49) FERNÁNDEZ GARCÍA, M.ª A. *Inquisición, comportamiento y mentalidad en el Reino de Granada (1600-1700).* Granada. 1989. Trata la hechicería en págs. 197-219, señalando que el curanderismo casi no está presente en los procesos del tribunal inquistorial granadino, pág. 217. La lista de encausados en el siglo XVII ante el tribunal de Granada por hechicería en págs 347-353.

(50) Se ha actualizado la ortografía y la grafía, se desarrollan las abreviaturas y se expresan en números las fechas que en el texto van en letra.

Las noticias que tengo de la vida virtuosa y ejemplares procederes de la hermana Lorenza de San Pascual, adquiridas por el trato interior de muchos años que he sido su confesor, y también las que he adquirido por el informe de otros religiosos nuestros que han sido sus confesores, me han parecido dignísimas de memoria por lo mucho que pueden conducir a la común edificación y para glorificar a nuestro Padre Dios que está en los cielos, y este motivo me obliga a hacer esta breve relación.

* * *

1. En esta ciudad de Huéscar nació nuestra Lorenza año de 1655, el día 9 de agosto, víspera del fortísimo mártir San Lorenzo, y el día 17 del mismo mes fue bautizada en la iglesia de Santa María. Sus padres fueron Miguel de Aznar y Ana Martínez, gente honrada y de muy cristianos procederes. Haber nacido Lorenza al mundo víspera de San Lorenzo y haber renacido a la divina gracia por el bautismo el día octavo de la fiesta del santo parece haber sido presagio de que como el santo fue mártir en cama dura de hierro a violencias del fuego abrasador que le acabó en breves horas, así Lorenza en cama blanda había de padecer martirio al fuego lento de calenturas y enfermedades que le durasen por bien dilatados años, como el efecto lo dijo. Pero lo cierto es que Lorenza desempeñó las obligaciones de su nombre imitando fielmente a San Lorenzo en el valor y constancia de padecer con invencible paciencia.

2. Su compadre de Lorenza que la sacó de pila en el bautismo fue D. Juan Bautista Rato, casado con Dª. Pascuala García de Villanueva. Esta señora fue hija de los fundadores de la capilla de San Pascual de este convento nuestro.

Y heredando de sus padres el piadoso afecto a nuestra seráfica religión y la devoción de San Pascual, se esmeró en introducir estos devotos afectos en los corazones de todas las personas de su familia y casa y con mayor cuidado en su hijo D. Juan Pedro Rato García de Villanueva, que al presente es patrón de la dicha capilla de San Pascual y síndico de este nuestro convento. Y como la niña Lorenza, por razón del espiritual parentesco de ser ahijada, asistía frecuentemente a esta casa participó en ella la cordial devoción de San Pascual que arraigada en su inocente corazón prorrumpió después en progresos virtuosos y efectos admirables.

3. En la buena tierra del corazón de Lorenza, el divino sembrador, Cristo nuestro Redentor, sembró la más preciosa semilla de su gracia, cual fue el ardiente deseo de abrazarse con su santísima Cruz, padeciendo firme y constante por su purísimo amor. Y tanto madrugó el Señor a esta su obra que a los 8 años de su edad ya sabía Lorenza retirarse a los lugares y sitios más ocultos a

ejercicios de oración y mortificación, a rezar sus devociones y hacer su ejercicio de disciplinas, no teniendo entonces más maestro que la divina inspiración que la gobernaba. Y a los 15 años de su edad comenzó el Señor a darle competente empleo a la gracia que le había dado, comenzó el Señor a darles cumplimiento a los santos deseos que en su corazón había depositado. Diole una grave enfermedad de la cual le resultó encancerársele un pie, con tal rigor que para salvar la vida fue menester cortarle el pie y también buena parte de la pierna. A vista de remedio tan costoso y tan sensible, afligida y temerosa, la enferma pidió que le trajesen de casa de su compadre un cuadro de San Pascual, heredado de los fundadores de la capilla del santo. Y habiéndolo traido, puesto a la vista le pidió al santo bendito que negociase con Dios que le doliese poquito el corte de su pierna, y a este punto sintió en su corazón un nuevo aliento y fervor para dar por Dios los dos pies y manos y cabeza si fuera menester. Y al tiempo de cortar la pierna vieron todos los presentes que al santo se le inmutó el rostro mostrándose encendido como unas brasas, perseverando así todo el tiempo que se gastó en hacer el remedio y curación. Y luego la enferma declaró que el cortarle la pierna le había dolido poquito, como se lo había pedido a San Pascual. Y reconocida y agradecida a este favor desde entonces, dejando el apellido paterno, se quiso llamar Lorenza de San Pascual, y de este modo ha sido siempre nombrada y conocida de todos. Quedando ya Lorenza con una pierna menos, le fue forzoso el suplir este defecto con una pierna de palo, y con ella tuvo un buen ejercicio de mortificación de por vida y quedó también con ella menos hábil para servir al mundo y más habilitada para padecer por Dios, conforme a su deseo.

4. Tenía Dios destinada a su escogida Lorenza para padecer toda su vida por su purísimo amor y en beneficio de sus prójimos vivos y difuntos. Y para empresa tan grande le previno su Providencia Divina una excelente maestra que con santo y amigable magisterio le ayudase y alentase a seguir su divina vocación. Ésta fue nuestra Francisca María de la Jara, a quien Dios enriqueció tanto de su luz divina que pudiese comunicarla a otras muchas almas, penetrando con espíritu profético sus interiores presentes y descubriendo los advenideros casos. Eran Francisca y Lorenza casi de una misma edad, Francisca nació el año de 1654 por el mes de julio, y Lorenza el siguiente año de 1655 por el mes de agosto. Fueron íntimas amigas, como unidas en la caridad de Dios, seguían ambas un mismo rumbo determinadas a seguir al Cordero divino. Adonde quiera que fuese Francisca atendió a Lorenza siempre con solicitudes de amorosa madre y de celosa maestra, y con este amoroso celo la cuidó no sólo mientras vivió en este mundo sino también después que se fue con Dios al Cielo todo el tiempo que sobrevivió Lorenza que fue cerca de cuarenta años.

5. Luego que Lorenza salió de su enfermedad, sin que el penoso accidente de su pie de palo le minorase su deseo ardiente de llevar la Cruz de Dios, se aplicó a los ejercicios santos de oración y mortificación gobernados por dictamen de confesor y padre espiritual, viniendo a confesar y comulgar los días de fiesta y tal vez algún día de trabajo. Y también entró en la común devoción tomando el hábito menor de la tercera orden de nuestro padre San Francisco y haciendo su profesión cumplido el año como los demás terceros. También su amiga Francisca la fervorizaba dándole consejos y documentos de cristiana perfección. Exhortábale a estar siempre en presencia de Dios en todo tiempo y lugar y principalmente en la iglesia donde real y verdaderamente reside nuestro Dios y Señor sacramentado. Encargábale que en la iglesia había de estar con actual y continua atención a Cristo nuestro Señor sin admitir pensamiento alguno que le impidiese tan justa y tan debida atención. Y para más asegurar el que Lorenza así lo hiciera le hizo su buena amiga esta oferta: si estuviéremos ambas a un mismo tiempo en la iglesia y te sucediere divertirte de la atención que se debe a nuestro Señor entonces yo toseré y en oyéndome toser te darás por avisada y te volverás a estar atenta a Dios. A esta oferta de Francisca le daba la divina misericordia su puntual cumplimiento, mientras Lorenza estaba atenta a Cristo nuestro Señor no tosía Francisca pero si se descuidaba o divertía por poco que fuese al punto le avisaba su amiga con su tos y Lorenza con este aviso se volvía a su debida atención al Señor.

6. Tuvo Lorenza en sus primeros tiempos una tentación pueril. Tenía buenas ganas de comer, conforme a la florida edad. No comía fuera de sus horas y ayunaba los días que su confesor le permitía y así cuando llegaba a comer cualquiera cosa le sabía como el plato de mayor regalo y aquí le decía el pensamiento: ese gusto que sientes es gula y la gula es uno de los siete pecados mortales. Con esta apariencia de pecados mortales que le causaban horror dejaba de comer lo necesario y este defecto repetido le iba debilitando de modo que llegó a sentir gran flaqueza en todo el cuerpo y a nadie quería manifestar esta penalidad porque le daba vergüenza. Estando en esta confusión se le ofreció ocasión de haber de ir a casa de su amiga Francisca. Fue allá y luego que se saludaron dijo Francisca a Lorenza: ven conmigo al huerto que tengo que decirte allí una cosa. Entraron en el huerto donde a la sazón había higos y le dijo Francisca: ea, vamos comiendo higos. Lorenza escrupulosa se resistía. Pues aunque no quieras los has de comer, dijo Francisca. Y tomando un higo lo mordió comiendo un poco y lo restante se lo aplicó como de por fuerza a la boca de Lorenza diciéndole: come, come por amor de Dios que no es pecado, come que te ha de hacer buen provecho. Y no pudiendo Lorenza resistirlo comió su medio higo y le hizo tan buen provecho que desde aquel punto nunca más le

volvió al pensamiento la apariencia de gula ni de pecados mortales. Con estas experiencias reconoció Lorenza que su amiga Francisca le registraba lo más oculto de su corazón y así recibía sus consejos con veneración y los ejecutaba con cuidado.

7. Siendo ya Lorenza de 21 años de edad se hallaba muy deseosa de comulgar todos los días pero no lo podía conseguir porque su madre no quería darle licencia para venir a la iglesia los días de trabajo sino tal o tal día, aunque su buena hija se lo rogaba continuamente. Sobre este punto le aconsejó su confesor que todos los días le pidiese a su madre licencia para venir a la iglesia y que antes de pedírsela hiciese oración a la Madre de Dios pidiéndole que moviese el corazón de su madre para que le diese la deseada licencia. Hízolo así puntualmente Lorenza y por este medio consiguió lo que tanto deseaba. Hecha su oración a la Madre de Dios llegaba a pedirle a su madre la licencia y sin repugnancia ni dilación se la daba y aunque algunas veces se la negaba con algún enfado, perseveraba Lorenza con la Madre de Dios en su demanda.

Y pasado un breve rato le decía su madre: ea, póngase su manto y vaya a la iglesia y ruéguele a Dios por mí. De esta suerte llegó Lorenza a comulgar todos los días. En vista de este favor que la Madre de Dios le hizo no le cogía el corazón en el cuerpo de alegre y agradecida. Con este nuevo subsidio de la cotidiana comunión se ejercitaba alegre y fervorosa en los penales empleos de cilicio, disciplinas y ayunos que su confesor le ordenaba. Pero aquel ardiente y primitivo deseo de padecer por amor de Dios no se hallaba satisfecho. Todo le parecía poco y siempre anhelaba a más. Llena de placer y de fervor llegó a decirme: Señor, ¿dónde está esta Cruz de Dios que la deseo y la busco y no la hallo?. Si es la Cruz de Dios el padecer por su amor, el hacer disciplina, llevar cilicio y ayunar, esto para mí es fiesta y alegrías. Pues, ¿dónde está esta Cruz de Dios?. Estos ardientes y fervorosos deseos la redujeron a ser beata, vistiendo descubierto el hábito de nuestro padre San Francisco.

8. Y lo primero que hizo fue comunicar este su intento a su buena amiga Francisca y ésta le declaró ser vocación de Dios y le aconsejó que la correspondiese poniendo los debidos medios. Comenzó Lorenza a obrar dándole a su madre cuenta de su buen pensamiento y llegando a saberlo dos hermanos que tenía se mostraron de sentir contrario afeándole el ser beata como si fuera delito y para más apartarla de su buen intento le hicieron sus amenazas. En este caso la madre se portaba neutral, no queriendo impedirle a su hija su buen deseo ni disgustar a los hijos oponiéndose a sus dictámenes. Con esto volvió Lorenza a su amiga Francisca y le dio cuenta de la oposición que le hacían sus hermanos. Y ella entonces le dijo con gran fervor: hija mía, primero es Dios que hermanos y padre y madre, atiende a Dios que te llama y no te de cuidado la contradicción

de tus hermanos sino confía en Dios que todo lo compondrá. Confortada Lorenza con el fervor de su amiga hizo sus debidas diligencias. Y llegó el día de tomar el hábito de beata que fue el día 24 de junio de 1679, hallándose en edad de 24 años. Asistió a esta función su amiga Francisca que le ayudó a vestir el hábito y reservó la toca para ponérsela ella sola y de su mano. Llegó Francisca y le puso la toca y muy compuesta y despacio y mientras hacía esto le habló en voz baja diciendo: mira, Lorenza, que con este hábito ha puesto Dios su Cruz sobre tus hombros, dichosa tú mil veces que te dará Dios de su Cruz a manos llenas. Y concluyó diciéndole: no tengas miedo ni recelo de tus hermanos porque Dios cuidará de componerlos. Y dicho esto aplicó su frente a la frente de su amiga. Concluyose la función y fue Lorenza a su casa y luego que la vieron sus hermanos se quedaron de verla suspensos y admirados y le dijeron con admiración: Jesús!, Lorenza, ¿qué tienes en esta toca que pareces con ella un serafín?. Y con esto la abrazaron alegres dándole el pláceme de su nuevo estado y pidiéndole perdón de la contradicción que le habían hecho. Lorenza les correspondió como buena hermana y quedó reconocida a la misericordia de Dios que les mudó el corazón a sus hermanos y enterada del puntual cumplimiento de las proféticas palabras de su amiga. Y para que de todo quedase más bien enterada sucedió que después oyese a sus hermanos estar ellos entre sí celebrando el caso con admiraciones. Hombre, (le decía el uno al otro) ¿qué es esto que nos ha pasado?. ¿No estábamos enojados con la hermana porque quería ser beata y le habíamos amenazado si tal hacía?. Pues, ¿quien nos ha quitado el enojo y dado tanto placer?. Yo, (decía el otro) nunca he visto a mi hermana tan hermosa y venerable como está ahora. Es verdad, (dijo el primero), que la toca le agracia tanto que parece un serafín, pero ¿quién nos ha trocado los corazones. Y el otro concluyó diciendo: aquí no hay más que pensar ni discurrir sino que la toca es quien ha hecho las amistades. Y en vista de este suceso, la madre de Lorenza, que antes se había portado silenciosa, ahora, viendo los hijos y la hija alegres y conformes, se declara siguiendo los pasos de su hija. Tomó también el hábito de beata de nuestro padre San Francisco y en él perseveró ejemplarmente lo restante de su vida.

9. Recibido el hábito de beata vivió con él cuarenta y dos años y en este dilatado tiempo fue su vida un continuo padecer enfermedades. Los treinta años primeros cayendo y levantando con intercadencias que le permitían por algunas semanas dejar la cama y venir a la iglesia a misa y recibir los santos sacramentos y los doce últimos años sin salir de la cama por continua enfermedad. Eran sus enfermedades calenturas ardientes con agudos dolores en todo el cuerpo, de alto abajo, dentro y fuera. Explicábalos diciendo unas veces que le parecía que le estaban dislocando todos los huesos de su cuerpo y otras veces decía que padecía

lo mismo que si la metieran en una caldera de lejía hirviendo al fuego.Tales y tantas fueron sus enfermedades que llegando a término de moribunda, a juicio de los médicos, llegó doce veces a recibir al último sacramento de la sagrada unción. Con estas enfermedades tenía también como ejercicio de por vida un cardenal en un costado, como una rosa morada, donde sentía dolor continuo y más fuerte los viernes por ser días de la pasión del Señor. Y con el rigor de las enfermedades solía hincharse el costado, mas a esto no se le aplicaba medicina alguna, se templaba y se alteraba cuando Dios quería.

10. Todas las enfermedades de Lorenza tenían de particular y extraordinario ser nacidas de especial y divina Providencia. Así lo manifestaban sus efectos y los médicos lo confesaban y mucho más bien la enferma en su placer y gozo con que las padecía. Y a personas que, no sin admiración, hacían este reparo les daba la causa y razón muy bien fundada diciendo: nuestro Señor Jesucristo padeció por nosotros a manos de crueles y sacrilegos verdugos, pero yo padezco a manos de Su Majestad que las tiene llenas de misericordia y de dulzura y labrándome de su propia mano debo estarle agradecida y muy alegre y gustosa. Conocíase también el ser sus enfermedades más que naturales en que ni las ardientes calenturas ni las muchas sangrías que le hacían ni los agudos dolores le enflaquecían el cuerpo ni le deshacían de sus carnes ni le minoraban el buen color de su rostro. Solo cuando llegaba a término de morir se le amortiguaban al rostro sus colores. Lo mismo se conocía también en el corto alimento con que se sustentaba. Muchos días pasaba sin tomar alimento alguno ni mascado ni bebido, alimentos de carne pocas veces y muy poco por la grande inapetencia que tenía. Su más ordinario alimento eran algunas frutillas, conforme al tiempo. Una cuaresma entera la pasó con unas hojitas de escarola con algunos bocados de pan. Una cuñada suya que la asistía decía que en los días que comía uno con otro serían, cuando más, unas cuatro onzas de alimento. Uno de sus confesores admirado de esto y sospechando haber aquí algún oculto misterio le preguntó a la enferma sobre el caso. Y ella, entonces, le declaró que Cristo nuestro Señor sacramentado además de ser la vida a su alma era también el alimento principal que sustentaba a su cuerpo, y lo mostró ser así el siguiente caso. Estando Lorenza enferma vinieron a llamar a su confesor avisando que se estaba muriendo. Fue allá el confesor y halló que estaba como muerta, sin poder hablar, y que el médico había ordenado que la oleasen porque se moría según su discurso; y con efecto, luego vino el cura y le dio la santa extremaunción y esto fue a las siete de la tarde. Recobrose un poco la enferma y viéndola sosegada el confesor se volvió al convento dejando encargado que avisasen si hubiese alguna novedad. Y la novedad que hubo fue que al amanecer ya estaba

Lorenza en esta nuestra iglesia para confesar y comulgar. Admirado, el confesor bajó a confesarla y le preguntó la causa de tan inopinada venida. Y ella se la declaró diciendo: Señor en este aprieto que he tenido, estando con nuestro Señor, como ya ha días que no comulgo le dije a Su Majestad: Señor, ya me estoy muriendo de flaqueza y de hambre y me respondió Su Majestad: pues levántate y ve a la iglesia a comulgar. Y por virtud de su divina palabra me levanté y he podido venir aunque con buen trabajo. Con esto confesó y comulgó Lorenza y habiendo oído misa se volvió a su casa a proseguir con su enfermedad. Y después fue el confesor a verla y la halló en su cama padeciendo sus dolores muy agradecida a Dios y muy alegre y risueña.

11. Cuando previno a Lorenza su buena amiga Francisca diciendo con espíritu profético que Dios le comunicaría de su Cruz a manos llenas, le hizo a Su Majestad sacrificio de su vida en esta forma: Señor, por tu purisso(sic) amor y a honor y gloria tuya, me ofrezco a padecer incesablemente todo el tiempo de mi vida y si tal vez mi naturaleza flaca apeteciese descanso protesto que es mi intención no consentir en ello, porque mi deseo es padecer continuamente, renunciando, como lo renuncio, cualquiera alivio y descanso. Con el escudo fuerte de esta buena voluntad entró armada Lorenza al prolongado martirio de sus continuas enfermedades. Y el mismo Señor, que era el autor de sus ardientes deseos de padecer, le administraba motivos para más avivarlos y promoverlos y reducirlos a las ejecuciones de su mayor agrado. Dábale a conocer con alta luz aquel divino exceso de penas y martirios que Su Majestad obró en la Cruz por la humana redención, representábale las gravísimas penas que padecen las almas santas en su Purgatorio y también le manifestaba las necesidades espirituales y lastimosas que suelen padecer en este mundo las almas viadoras. Y a vista de espectáculos tan lastimosos todas sus enfermedades le parecían a Lorenza poco y nada, y así se adelantaba a hacer rigurosas disciplinas.

12. A este ejercicio penal lo tomó Dios una vez por instrumento para la enmienda y reducción de dos hombres mundanos que vivían sin temor de Dios. Fue el caso que una noche a deshora estaba Lorenza haciendo una fuerte disciplina en su aposento de cuyas paredes una tocaba en la calle, y pasando por ella al mismo tiempo dos hombres mancomunados a hacer ciertas maldades y oyendo el ruido o golpes de la disciplina al pasar por la puerta de la casa de Lorenza se pararon a escuchar. Y sabiendo que allí vivía Lorenza fue echa sobre ellos la mano poderosa del Señor. Y el uno le dijo al otro: perdidos vamos, ¿esta inocente mujer desvelada se está martirizando a azotes y nosotros desvelados vamos a cometer contra Dios tales maldades?. Pues mudemos de intento, dijo el otro. Y con esto se volvieron a sus casas pactando entre sí los dos el venir por la mañana a este convento a confesar sus pecados con el que sabían era el

confesor de Lorenza, para declararle lo que les había sucedido y pedirle que a la hermana Lorenza le encargase los encomendase a Dios para la debida enmienda. Como lo pactaron lo cumplieron y el dicho guardián le hizo a Lorenza la debida recomendación de aquellos hombres. Este santo y penal ejercicio de disciplinas lo observaba Lorenza no solamente cuando las enfermedades le daban treguas para salir de casa sino también cuando la tenían postrada en cama, que entonces con una disciplina de hierro repartía los golpes por todo el cuerpo en la parte que hallaba más oportunidad, y en muchas ocasiones en que se hallaba tan sin fuerzas que no podía mover las manos le pedía a Dios que le diese esfuerzo para hacer este penoso ejercicio. Y Su Majestad, aceptando su deseo y su oración, le daba lo que pedía.

13. Como abundaban en Lorenza las pasiones o padecimientos de Cristo nuestro Señor así abundaban también en ella las divinas consolaciones. Un día de fiesta por la tarde, convidada Lorenza de su buena amiga Francisca concurrieron ambas solas en un huertecico y sentadas en tierra para conversar como amigas acerca de sus cuidados, negocios y pretensiones que tenían en la tierra, comenzó Francisca, puestos los ojos y el corazón en el cielo, diciendo: Oh! Lo que tendrá Dios prevenido en aquella su corte celestial para aquellos que le aman con entero corazón abrazados con su santísima Cruz! Lorenza puso también los ojos en el cielo y a este punto vieron salir un lucero tan hermoso y resplandeciente que sus admirables luces no se minoraban con los resplandores del sol que entonces lucía a la media tarde y por el principio del otoño. Este admirable lucero las llenó de admiración y les llevó para Dios todas las atenciones de sus almas. Y estando un rato así suspensas vieron que el cielo se abrió. Y vieron, abierto el Cielo, cuanto bueno hay en él que ver: vieron a Cristo nuestro Señor, a su santísima Madre, la multitud inmensa de los celestiales moradores y los bienes que tiene Dios prevenidos para sus fieles amigos.

Y Lorenza vio y reconoció el asiento y lugar que le tenía Dios prevenido a su escogida y fiel esposa Francisca. Los bienes que tiene Dios prevenidos para sus fieles amigos aunque su alma los pudo ver no pudieron sus labios explicar porque nuestras palabras son ineptas para declarar o significar objetos inefables. Concluida esta visión, que les duró hasta el anochecer, se dividieron ambas cada una por su parte a su cuidado, sin hablarse palabra porque no estaban entonces para poderse hablar. Este favor no fue más que mostrarle Dios a Lorenza la corona para alentarla a trabajar por conseguirla.

Para el mismo intento le hizo Dios a Lorenza otro favor tomando por instrumento a su escogida Francisca. Ésta murió año de 1682, el día 24 de abril a las siete de la mañana. Y un rato antes que muriese entró su amiga Lorenza a

visitarla y la enferma moribunda así que la vio la previno diciendo: ya no es tiempo de hablarnos al uso de por acá. Y dicho esto cerró los ojos y Lorenza sin hablar palabra hizo lo mismo, y entonces con divina luz estas dos almas se vieron y se hablaron y se despidieron. Y aquí le mostró Dios a Lorenza la preciosa prevención de merecimientos con que el alma de su amiga Francisca estaba enriquecida y adornada para parecer en la presencia del Rey del Cielo que la estaba llamando y esperando. Y con esto Lorenza, sin haber hablado palabra en su visita, se volvió a su casa llevando en su corazón poderosos motivos para tener siempre en memoria a su amiga Francisca y para valerse de sus méritos y oraciones en sus mayores necesidades y conflictos. Y no le salió en vano su buena fe y confianza porque la divina misericordia le ha enviado del Cielo a su amiga Francisca a hacerle muchas visitas. Unas veces a prevenirle y avisarle de combates que el demonio le pretendía dar, dándole también las instrucciones con que había de vencerlo, y otras veces, por hallarse en graves aprietos de sus enfermedades, a confortar su alma con celestiales amonestaciones y aliviarle los padecimientos del cuerpo con una medicina celestial que le traía, que era como granos de granada y le echaba en la boca, unas veces tres granos y otras veces cinco, y con esto quedaba mejorada en alma y cuerpo. Por-esta causa Lorenza, cuando habla conmigo de su amiga Francisca, la nombra mi santa enfermera por los frecuentes y caritativos oficios con que la asistía en sus mayores necesidades. Y me acuerdo que una vez le pregunté cómo le iba con su santa enfermera y me respondió: Señor, por la misericordia de Dios, me asiste continuamente.

14. Los ejercicios santos de oración y contemplación eran en Lorenza sus más continuos empleos. Y entre sus devociones cotidianas era la primera el rezar la Corona de nuestra Señora. Y la rezaba muy a espacio considerando los misterios santos que pronunciaba la lengua. Y en este santo ejercicio se le mostró muchas veces la dignísima Madre de Dios teniendo en sus manos un hilo de oro en que iba formando un rosario o corona de hermosas azucenas blancas por ave marias y otra flor de otro color por pater nosters, como Lorenza iba rezando. Y con este favor de la divina Señora se le enardecía el alma en su purísimo amor. Y en una ocasión en que por embarazos de la vida rezó la Corona con menos espacio y atención de lo que solía y la Madre de Dios le repitió dicho favor, advirtió Lorenza que las flores de que formaba la corona estaban algo marchitas y amortiguado el color. Y estando en este reparo le dijo la gran Señora: estas oraciones que me rezas son flores para mí de mucho agrado, pero tienen estas flores la hermosura y viveza conforme a la atención y devoción con que se rezan. Y con esta santa advertencia quedó Lorenza enseñada y con todo el caso podemos quedar todos instruidos.

15. Era también en Lorenza ejercicio cotidiano el andar el Vía Crucis, no con pasos materiales del cuerpo sino quieta en su retiro con santos discursos y atentas meditaciones del alma. En cada paso rezaba oraciones breves y hacía larga estación considerando lo mucho que nuestro Señor hizo y padeció por nosotros. Y como estas memorias tan debidas son las de nuestra mayor obligación y las que más nos importan y las que a Dios más le agradan, se las correspondía Su Majestad a Lorenza sacando tres almas de las penas del Purgatorio por cada vez que hacía aqueste santo ejercicio y ella las veía salir, quedando con la obligación de alabar a Dios por ello. Tenía también Lorenza por cotidiano ejercicio el rezar cinco pater nosters a las cinco llagas de Cristo nuestro Señor, rezándolos uno en cada una y haciendo en cada una particular estación. Y en esta santa devoción que parece la más breve gastaba tiempo más largo, porque le mostraba el Señor sus santas llagas con la claridad que si las viera el día y hora en que Su Majestad las recibió. En cada una rezaba su pater noster y se detenía conforme a su devoción, mas en llegando a la última que era la del costado aquí se enmudecía su lengua y se abismaba su alma en lo que Dios le mostraba, y esto le duraba el tiempo que Dios quería y Dios quería y gustaba de estar siempre con Lorenza.

16. En el celestial empleo de contemplar los divinos misterios fue Lorenza tan permanente y constante como quien lo tenía por oficio. Antes de ser beata hacía labor de manos y con gran destreza, mas después que con el santo hábito le puso Dios su Cruz sobre sus hombros tuvo por oficio otras labores de superior jerarquía en divina contemplación. Sus continuos padecimientos le ocasionaban vigilias y así le ayudaban a contemplar haciendo de la noche día y de su cama oratorio. Tuvo en este santo empleo muchos excesos mentales anegándose su alma tanto en Dios que se quedaban sin operación sus corporales sentidos. Tuvo en él muchas visiones y revelaciones de Cristo nuestro Señor y de su santísima Madre y de otros moradores del Cielo devotos suyos.

Y estos divinos excesos que tenía en su casa y en la iglesia nunca fueron notados ni conocidos de persona alguna, sólo sus confesores los supieron porque ella se los comunicaba para que los registrasen y examinasen. Como verdaderamente humilde le había pedido a Dios, que ya que por su inmensa bondad le hiciese tales favores, no permitiese Su Majestad que fuesen públicanente conocidos porque nadie la juzgase por buena y su Majestad condescendió a estos sus humildes ruegos. En los días que celebra la santa Iglesia sus principales fiestas de divinos misterios y santos principales tenía Lorenza sus mentales excesos, preparándose para tales días con todos los ejercicios santos que podía. En sus éxtasis o excesos mentales le daba nuestro Señor los documentos que necesitaba para su espiritual aprovechamiento. Le manifestaba muchas espirituales necesidades así comunes como particulares que

las almas padecen en este mundo y le mandaba que con instantes oraciones y obras santas solicitase de su divina misericordia el remedio de todas ellas. Referir en particular todos los favores que Dios le hizo a Lorenza todos los días principales y festivos no es posible, bastará el referir algunos por donde se pueda conjeturar los que su Majestad le haría todos los años de su vida, pues para dichos días hacía siempre sus devotas prevenciones.

17. Preparándose Lorenza con santos ejercicios para una Pascua de Navidad, un día de los inmediatos a esta fiesta se puso a considerar la estrecha obligación en que nos puso nuestro Dios y Señor de serle agradecidos por su santísimo nacimiento, viniendo de los cielos a la tierra a buscar y remediar a sus mismos ofensores cuando ellos tenían más merecido el castigo y más desmerecido su remedio. Y estando en esta debida consideración, le manifestó el Señor la universal ingratitud de todo el mundo a tan inefable beneficio, y en particular la de los hijos de la santa Iglesia, que creyendo y confesando este dulcísimo misterio y beneficio lo celebran solamente con vanidades terrenas y mentirosos placeres sin hacer considerada memoria del Señor que nacía para redimirlos a costa de su sangre y de su vida. Y más en particular la feísima ingratitud y grosería de las personas eclesiásticas, que teniendo este sagrado misterio y beneficio entre manos y a la vista en el rezo y en la misa lo miran tan superficialmente y tan de paso que no son para detenerse y recogerse un breve rato para considerar y reconocer y agradecer este altísimo y divino beneficio. Con esta manifestación e inteligencia quedó Lorenza traspasada de dolor viendo en Dios tan justísima queja y sentimiento y fervorizada a suplir y recompensar cuanto le fuese posible los referidos defectos de sus prójimos y aplicada a pedirle a Su Majestad para todos el remedio. Y así se lo encargó Su Majestad como en todas las demás ocasiones semejantes y para q[ue en este cuidado quedase más firme y más aplicada le hizo el Señor después un admirable favor.

18. Vino el día del santo Nacimiento de Cristo nuestro Señor y recogiéndose Lorenza a la consideración de este dulcísimo misterio se le fue inflamando el corazón en el amor de Cristo nuestro Salvador recién nacido y de su Madre santísima que nos lo dio. Y enardecida su alma en este celestial afecto llegó a dejar sin operación a sus sentidos y estando extática se le manifestó la divina Madre con su Hijo santísimo recién nacido en sus brazos. Se abismó su alma con la vista de la divina hermosura del Hijo y de la Madre. Y aquí la divina Madre le entregó a Lorenza en sus brazos el fruto bendito y dulcísimo de su vientre virginal y la dichosa Lorenza lo recibió con amoroso rendimiento. Lo que aquí sintió su alma no pudo explicar su lengua hallándose

Lorenza tan enriquecida de Dios con el sumo bien de todos los bienes en sus brazos. Y valiéndose de ocasión tan oportuna se aplicó con todo afecto a pedir a Su Majestad sus divinas misericordias y poderosa gracia para todo el mundo entero y especialmente para los hijos de la santa Iglesia y con más especialidad para todas las personas eclesiásticas, deseando y pretendiendo que todos fuésemos a Su Majestad agradecidos como por su santísimo Nacimiento nos tiene Su Majestad a todos obligados. Y en fin, se concluyó esta visión dándole a Lorenza los santísimos Hijo y Madre sus copiosas y dulces bendiciones. Entre los efectos santos que le dejó a Lorenza este admirable favor, fue una santa humildad y confusión de ver a Dios que se humillase hasta ponerse en sus brazos. Dándole a su confesor cuenta del caso se deshacía en lágrimas, confesándose por la criatura más inútil, por mujer pecadora, ingrata y desconocida y pidiéndole rogase a Dios por ella. Y por fin, como ilustrada de Dios, refundía estos divinos favores a la infinita bondad de nuestro Dios y Señor que desatendiendo a nuestras indignidades obra movido y obligado de su divina, nobilísima y amabilísima condición.

19. Un día de la Purificación de nuestra Señora, estando Lorenza en esta nuestra iglesia y después de haber comulgado, recogiéndose a dar gracias y a considerar el sagrado misterio de este día, le mostró el Señor una visión misteriosa. Vio que hacían en el Cielo sus moradores celestiales una procesión general al modo que lo acostumbra esta nuestra santa Iglesia militante. Iban todos los de aquella celestial procesión llevando en sus manos cada uno una muy hermosa palma y una candela encendida que despedía admirables resplandores y por fin de esta procesión gloriosa iba la gran Reina de los cielos llevando a su santísimo Hijo en sus virginales brazos. Y a vista de tan vistosos y tan gloriosas objetos estaba Lorenza llena de celestiales afectos. Y en esto llegó a Lorenza uno de aquellos bienaventurados asistentes y le puso en sus manos una palma y una candela encendida, mas no como las candelas que llevaban los demás porque éstas eran grandes o enteras y ésta que le dieron a Lorenza era corta y como medio gastada. En esta circunstancia hizo Lorenza reparo y estándolo hacién-dolo le dio a entender la luz divina que en aquella palma le representaba Dios los eternos premios que por su inmensa bondad les corresponden a los trabajos y penas de esta presente y breve vida, representada en aquella candela corta que pusieron en su mano. Y con esto quedó Lorenza enterada de lo que San Pablo nos dice, que no son condignas las pasiones de nuestro tiempo para la gloria que por ellas esperamos, que todo lo que aquí padecemos es leve momentáneo y por ello se adquiere un peso inmenso de gloria. Quedó Lorenza con alientos nuevos para padecer por Dios toda su vida y también quedó humillada y confundida en vista de tan divino favor como lo quedaba siempre que recibía de Dios favores semejantes.

20. Un Jueves Santo estando Lorenza en nuestra iglesia y después de haber comulgado, recogida en oración y perseverando en ella todo el tiempo que duró la misa y la procesión, luego que encerraron a nuestro Señor en el Monumento,se le mostró Su Majestad tan llagado y maltratado como lo estuvo en su santísima Pasión. Y le dijo: mira, hija mía, mira el estrago que hicieron en mi cuerpo los pecados del mundo y todavía hay en el mundo pecados. A vista de espectáculo tan lastimoso y oyendo estas divinas palabras se deshacía en lágrimas traspasada su alma de tan agudo dolor que, como ella declaró después, hubiera muerto de pena si Dios no la hubiese fortalecido y preservado. De ésta y otras semejantes ocasiones en que el Señor se le mostró maltratado y ofendido le quedaba por efecto, demás de los dolores mortales y lágrimas copiosas, el aplicarse a suplicar continuos y penales ejercicios solicitando las divinas misericordias para la debida enmienda de todos aquellos que ofenden Su Majestad. Y en otra ocasión semejante a la referida, hallándose enferma en su cama, viendo a Cristo nuestro Señor maltratado y ofendido, llegó a padecer tales angustias su alma y tan fuerte dolor su corazón que prorrumpió en un sudor de sangre por todos los poros de su cuerpo y tan copioso que humedeció toda la ropa de su cama y fue menester mudarle toda la ropa. Conocía Lorenza bien a Dios y le amaba según le conocía y así sabía bien sentir las ofensas hechas contra Dios.

21. Un día de los previos a la fiesta de la Ascensión del Señor, preparándose Lorenza con sus acostumbrados ejercicios para celebrar este glorioso misterio y estando en su casa recogida en oración, se le mostró Cristo nuestro Señor glorioso y triunfante como subía a los cielos acompañado de su santísima Madre. Con esta vista se le llenó su alma de celestiales afectos de amor y gozo y admiración. Y aquí le dio Su Majestad a entender mucho de lo que en este mundo a hizo por los hombres y la mala correspondencia que éstos tienen a su divino bienhechor. Con estas noticias se aplicó Lorenza a pedir a Su Majestad misericordia para todo el mundo, que a todas criaturas les diese Su Majestad gracia poderosa para corresponderle como debían. Y para esto se valió de la poderosa intercesión de la santísima Madre del Salvador. Y la gran Señora y Abogada nuestra le amonestó que perseverase constante en sus peticiones dándole buenas esperanzas con decirle que por cuenta de la divina misericordia corría el deseado remedio. Y como estaba Lorenza gozando de la gloriosa vista de Cristo nuestro Señor y su santísima Madre, en medio de este gozo se sintió lastimada de que no gozasen todos sus prójimos lo que ella estaba gozando. Y movida con este sentimiento comenzó a discurrir cual sería la causa de que no llegasen todos a conseguir el bien que ella estaba viendo y gozando. Y entonces Cristo nuestro Señor le dijo: alma, sube acá conmigo. Y por la virtud de esta

divina palabra se halló tan levantada de la tierra como allegada al mismo Dios. Y estando en esta altura y volviendo los ojos a la tierra vio en ella una inmensidad de hormigas que discurrían por ella atropellándose unas a otras sin tener quietud alguna y en continuo trabajo y movimiento. Y admirando esto mismo que miraba le declaró el mismo Señor su significado diciendo: esos son los hombres mundanos, gente terrena que tienen en la tierra todos sus pensamientos y deseos, por ella sola trabajan, afanan y se fatigan sin tener un rato de verdadero descanso en su modo de vida, dan a entender que ignoran el altísimo fin para que fueron criados, quisieran eternizarse en los bienes transitorios de la tierra y así se inhabilitan para los bienes eternos y verdaderos del Cielo. Lastimosísima es esta vista para una alma que con todas veras ama a Dios. Quédese para la consideración lo que sentiría y haría Lorenza en este caso.

22. Vino el día de la Ascensión del Señor y aquella mañana estuvo Lorenza en nuestra iglesia hasta la una del día, que entonces se concluye la función de estar manifiesto nuestro Señor. Y después de haber comulgado, recogida en oración, fue su alma levantada con Cristo nuestro Señor subiendo al Cielo donde vio lo que hay que ver en aquella Jerusalén triunfante y sintió lo que se puede sentir y no explicar. Al entrar Lorenza en el Cielo tan favorecida del mismo Rey del Cielo, admirados los celestiales moradores se preguntaban entre sí diciendo: ¿quién es ésta?. ¿Quien es ésta?. Y entonces, Cristo nuestro Señor les dijo y respondió: ésta es mi hija Lorenza. Y satisfechos con esto dieron a Su Majestad honor y gloria por ello. Con su espíritu en el Cielo vio en él muchas sillas desocupadas y entendió por luz divina que eran las que habían perdido los ángeles malos y las iban ocupando las almas buenas. Y estando en esta inteligencia le ofreció Cristo nuestro Señor una de ellas y que se la daría luego si quería quedarse en el Cielo y no volver más al mundo. Y en vista de tan gran favor se humilló Lorenza, reconoció y confesó sus deméritos para tanta felicidad y añadió diciendo: Señor mío, con estas tan grandes misericordias que estás usando conmigo me estás obligando a más amarte y a padecer más por tu santísimo amor y por el de todos mis prójimos y hermanos, si estuviera yo en la posesión de los bienes eternos que me muestras y me ofreces todo lo dejara por tu amor y por sólo tu gusto y me volviera a la tierra a padecer continuamente hasta el fin del mundo por tu amor y por la salvación de sola una alma. Recibió Su Majestad con agrado esta resolución de Lorenza y le dio por premio una cruz pequeñita blanca y roja y se la puso dentro del corazón, dándole juntamente inteligencia de ver misteriosos significados. En la cruz se le intimaba el continuo padecer, en el rojo color la ardiente caridad a Dios y al prójimo y en el color blanco la hermosura de la virginal pureza para la debida correspondenica al

celestial esposo que se apacienta y descansa entre hermosas y blancas azucenas. Pasada ya la hora en que estuvo el Santísimo manifiesto, fue necesario el darle aviso a Lorenza de que ya era tiempo de que se fuese a su casa, porque todavía estaba bien ocupada con Dios.

23. En una ocasión, dos días antes de la Pascua del Espíritu Santo, se hallaba Lorenza en su cama fatigada de dolores y tan descaecida que no podía mover las manos. Deseosa de celebrar tan grande fiesta y de hacer algunas de las santas prevenciones que solía, pidió a nuestro Señor le diese expedición y fuerzas para hacer algo con que prepararse para la venida del Espíritu Santo y su Majestad se la concedió sin dilación luego al punto. Y con este nuevo esfuerzo hizo todo lo que su fervoroso deseo deseaba. Y pudo venir a nuestra iglesia los tres días de la Pascua y en todos ellos, estando en esta iglesia, recibió del siempre misericordioso Señor muchas y grandes divinas misericordias. El día primero, después de haber comulgado y estando recogida en su interior, vio dentro de su pecho a Cristo nuestro Señor hermosísimo por extremo y que de todo su cuerpo y en particular de sus cinco llagas despedía resplandores y luces sobremanera admirables. Y entonces el mismo Señor le habló diciendo: yo bajé del Cielo al mundo a consagrar y santificar las penas y dolores y trabajos para que mis amigos se alentasen a seguirme con fiel imitación. Y con esta instrucción divina quedó Lorenza enardecida con una insaciable sed de padecer por el amor del Señor que tanto nos obligó con su Pasión y su muerte. El referido favor de ver Lorenza dentro de su pecho la hermosura de Cristo nuestro Señor le fue muchísimas veces repetido. Y en una de ellas, viviendo su buena amiga Francisca, le sucedió que saliendo de nuestra iglesia para su casa y llevando actualmente la dicha visión se encontró con Francisca y ésta con divina luz reconociendo cómo venía Lorenza se llegó a ella y le dio un muy estrecho abrazo diciendo: Jesús!. Y qué mujer tan hermosa y qué hermosísimo es el Señor que la crió y redimió y la viene acompañando!. Y dicho esto sin hablarse más palabra se apartaron siguiendo cada una su camino. Y no extrañó Lorenza el que su amiga le hubiese reconocido su interior porque de esto tenía muchas y buenas experiencias. Aquí se me representa que dispuso Dios este encuentro de estos dos hermanos serafines para que el uno al otro se avivasen el santo fuego de amor que ardía en sus corazones.

24. El segundo día de esta Pascua tuvo también Lorenza en esta iglesia otra visión misteriosa. Mostrósele Cristo nuestro Señor teniendo en sus manos una tela muy vistosa y muy preciosa y que de ella estaba trazando y haciendo cierta vestidura, atendiendo y pensando Lorenza que vestidura sería se la declaró Su Majestad diciendo: esta es la estola de inmortalidad con que yo premio y adorno a mis amigos que abrazados con mi Cruz a imitación mía padecen mi amor y el

sus prójimos las penas, dolores y trabajos de esta vida. Dichosas penas, dijo aquí Lorenza, dolores y trabajos que siendo leves y breves se recompensan con bienes perdurables. Y con esto quedó nuevamente esforzada para poner por obra lo que el mismo Señor le encomendó y ordenó el día subsecuente.

25. El día tercero de dicha Pascua se celebraba la fiesta de San Pascual y estaba nuestro Señor manifiesto. Y asistiendo Lorenza en ella vio a Cristo nuestro Señor asistido de grande multitud de ángeles y del glorioso San Pascual con quien estaba Su Majestad razonando. Y aquí el alma de Lorenza tuvo impulsos de acercarse para oír aquella santa conversación, y entonces satisfaciendo a sus deseos el santo le dijo: ¿no te alegras de ver el culto y fiesta con que la santa Iglesia me celebra?. Pues sabe que con mayor fiesta y alegría se celebra en el Cielo la conversión de cualquiera pecador que reconocido y arrepentido de sus culpas se convierte a Dios y resucita de la muerte del pecado a la vida verdadera cual es la gracia de Dios con esta santa advertencia de San Pascual, y que nos consta por el sagrado Evangelio, quedó Lorenza más prevenida para hacer lo que en esta ocasión le mandó nuestro Señor. Mostrole Su Majestad a tres criaturas de las muchas que habían concurrido manifestándole el infeliz estado de sus almas, que por sus culpas se hallaban en riesgo de eterna perdición, y mandándole juntamente que le pidiese por ellas y que hiciese por su conversión cuanto le fuese posible ayudada de su divina gracia. Mucho se alegró Lorenza cuando vio la estola de inmortalidad y mucho más cuando vio al Señor asistido de espíritus celestiales. Mas ahora que llegó a saber que estaba Su Majestad ofendido y que sus ofensores estaban en tan miserable estado, se sintió traspasada de un dolor tan intenso como lo era la caridad que ardía en su corazón. Y obligada de tan intenso dolor estuvo por espacio de veinte días clamando a Dios día y noche y pidiendo a Su Majestad misericordia para aquellas tres miserables criaturas y haciendo por su conversión cuantos ejercicios penales le fueron posibles. Hasta que al fin de dicho tiempo le avisó Su Majestad que ya, por su infinita misericordia, estaba aquel daño remediado. Y con esto descansó Lorenza y se aplicó a darle gracias a Su Majestad por tanto beneficio y pedirle que continuase sus divinas misericordias dándoles a aquellas criaturas perseverancia en el bien.

26. Entre los padecimientos corporales que tuvo Lorenza toda su vida, quiero referir un singular y admirable descanso que por la divina misericordia tuvo una noche su cuerpo y sucedió viviendo su buena amiga Francisca. Y fue el caso que un Jueves Santo en la noche, concurriendo en esta nuestra iglesia las dos, (como lo acostumbraban tales noches y lo acostumbran muchas personas devotas) a velar toda la noche delante de nuestro Señor en el Monumento, dijo

Francisca a Lorenza: yo estoy con poca salud y así es menester que esta noche me sirvas de descanso, yo reclinaré la cabeza sobre tu hombro y tú te recogerás con Dios que yo no estorbaré. Admitió Lorenza muy gustosa este partido y al punto que sintió sobre su hombro la cabeza de su amiga sintió también en alma y cuerpo efectos particulares. Sintió en su alma una nueva propensión para levantarse a Dios y en su cuerpo un total descanso como si en salud perfecta estuviera descansando muy a su placer en una cama de plumas. Y con estos términos me lo declaró Lorenza. Desde las nueve de la noche hasta las cinco de la mañana estuvieron ambas inmóviles como si fueran de mármol, sin apartarse ni moverse ni aun para toser ni escupir. Lorenza sentada en tierra con el molesto embarazo de su pie y pierna de palo, lo pasó tan sin molestia como si del cuerpo estuviera su alma separada. Sobre este caso se ofrece mucho y bueno que pensar, pero lo que con mayor evidencia se nos deja ver es que estas dos buenas amigas tenían especial gracia de Dios para orar perseverantes.

27. Por toda una octava del Corpus pudo Lorenza asistir en nuestra iglesia por mañana y tarde estando nuestro Señor manifiesto. Y en todos estos días recibió de Su Majestad grandes favores y en una ocasión de estas se le mostró Cristo nuestro Señor con los brazos cruzados y su divino rostro entristecido,al modo que un artífice que estando fabricando un artificio si los manobres o peones se descuidan o tardan en administrarle a la mano los materiales se está parado, cruzados los brazos y, no sin mucho disgusto, esperando que le acudan para proseguir su obra. Y aquí le manifestó Su Majestad a Lorenza sus justísimas quejas y sentimientos de que habiéndose quedado sacramentado en la tierra para acompañamos y asistimos y cuidamos más que a sus hijos la madre más amorosa pues nos sustenta con su mismo corazón, con la sangre de sus venas y con todo su ser humano y divino hecho alimento de nuestras almas para tratamos con mayor intimidad, haya cristianos de corazón tan pesado y tan indevotos que teniendo salud y tiempo y oportunidad se pasan muchos meses sin comulgar, y otros tan muertos en el espíritu que si la santa Iglesia no les obligara a comulgar cada año se pasarían sin comulgar toda su vida, y que por esta negligencia los unos y los otros le cierran y le encojen a Su Majestad los brazos y las manos para no obrar en ellos los progresos y misericordias que en todos desea obrar. Y trasladado al corazón de Lorenza este justísimo sentimiento de nuestro amabilísimo Salvador se deshacía en lágrimas de dolor y se aplicaba fervorosa a cuantos obsequios podía hacer a Su Majestad para templar su muy justo sentimiento, deseando recompensar en algún modo la ingratitud de los culpados y juntamente pidiendo a Su Majestad que con su poderosa gracia despertase a la debida vigilancia a los que estaban dormidos en tan peligrosa negligencia.

28. Un día del jubileo de Porciúncula, estando Lorenza en esta nuestra iglesia, después de haber comulgado dando gracias a Dios por la sagrada comunión, se adelantó a dar también gracias a Su Majestad por el admirable beneficio que hizo a su santa Iglesia en concederle tan amplio y misericordioso jubileo. Y aquí tuvo esta gloriosa visión. Vio a Cristo nuestro Señor glorioso en un trono de admirable majestad, cercado de inmensa multitud de ángeles y que sus santísimas llagas despedían admirables resplandores y que mostraba en su rostro grande propensión a hacer mercedes. Vio también que; a la mano diestra del Señor asistía su santísima Madre como poderosa intercesora negociando las divinas piedades y que a su siniestra mano estaba nuestro padre San Francisco como agente que las solicitaba para bien de todas las almas. Y vio también que Cristo nuestro Señor y su santísima Madre daban sus santas y copiosas bendiciones a todos los que entraban en la iglesia a hacer la diligencia del santo jubileo. Y en toda esta visión se le dieron a entender los copiosos frutos que conseguían las almas no sólo por virtud de la indulgencia plenaria sino también por la poderosa intercesión de la Madre de Dios y por los méritos de nuestro seráfico patriarca, y que esto mismo sucedía en todas las iglesias donde se ganaba este santo jubileo. Y por fin de esta visión recibió Lorenza de Cristo nuestro Señor y de su Madre santísima sus bendiciones, como siempre las recibía en visiones y ocasiones semejantes.

29. En las muchas enfermedades que padecía Lorenza no eran los dolores corporales lo que más pena le daba, el no poder venir a la iglesia a comulgar era lo que más sentía y para su alma el más sensible dolor. Este dolor lo conocen las almas que lo experimentan y solas aquellas lo experimentan que tienen puesto en Dios todo su amor. Estaba Lorenza muy acostumbrada a recibir divinos favores del Señor sacramentado, viendo a Su Majestad muchas veces, ya en forma hermosa de niño ya en forma de perfecta magnitud y siempre comunicando a su alma divinas ilustraciones. Conocía por muchas experiencias que el Pan vivo que descendió del Cielo era el alimento de su alma y también solía serlo de su cuerpo. Era Cristo sacramentado el centro de su voluntad y el blanco de todos sus deseos, siguiendo en esto a su muy devoto San Pascual, y cuando le faltaba este bien y en él todos los bienes sentía en toda su alma un dolor igual a su ardiente amor. Para remedio de este dichoso dolor y saludable accidente, le pidió Lorenza a Dios que sin dispensación de lo que padecía en su cama dispusiese Su Majestad que pudiese venir a la iglesia a comulgar. Y así se lo concedió el Señor algunas veces y en particular en una ocasión que, estando muy agravada en su cama, era tiempo de cumplir con la Iglesia.

30. En esta ocasión, como a las diez de la noche, Lorenza en su cama comenzó a pedir a Dios le diese aliento para ir a la iglesia a cumplir el precepto

de confesar y comulgar. Y aquí tuvo su alma un éxtasis prolongado que le duró hasta la hora de prima. En él se le mostraron Cristo nuestro Señor y su santísima Madre con mucha benevolencia y el Señor le manifestó muchas necesidades espirituales que padecían las almas, así generales como también algunas en particular, y juntamente le mandó que se aplicase a pedirle el remedio de todas ellas. Y la Madre santísima del mismo Señor le amonestó lo mismo diciéndole: pide, hija mía, pide, que mi santísimo Hijo gusta mucho de que le pidan aunque sea el mayor pecador del mundo; y a más de esto le mostró en sus benditas manos un ramo de flores y una palma dándole a entender que aquellas insignias de triunfante le esperaban si perseveraba fielmente padeciendo y haciendo lo que su santísimo Hijo le mandaba. A la hora de prima volvió Lorenza al uso de sus sentidos y se halló con bastante aliento para poder levantarse de la cama y juntamente sintió la voz del Señor que le decía que fuese a cumplir con la Iglesia sin dejarlo para el día siguiente que en él no lo podría hacer. Obedeció Lorenza, levantose de su cama y, aunque con trabajo, fue a la iglesia e hizo su debida diligencia. Y aunque el Señor no le manifestó el embarazo del día siguiente, lo declaró presto el tiempo porque toda la siguiente noche y siguiente día llovió tanto que no se podía andar por la calle. Volvió Lorenza a su casa y a su cama a proseguir con su enfermedad, pero muy alegre y agradecida a Dios por favor tan grande y tan deseado.

31. Para alivio del accidente dichoso que Lorenza padecía en no comulgar con la frecuencia que deseaba, le aplicaba el siempre misericordioso Señor con mucha frecuencia celestiales y admirables lenitivos. Muchas veces, estando impedida en su cama, le concedía Dios que en espíritu viniese a nuestra iglesia al tiempo de la misa conventual y asistía a ella con más claridad que si viniese en persona, y en oyendo en dicha forma la misa comulgaba espiritualmente y después se hallaba en su cama muy consolada y a Dios muy agradecida. Otras veces, al tiempo de amanecer, veía que entraban en su aposento muchos ángeles y allí formaban un altar muy adornado y que luego venía San Pedro de Alcántara acompañado de ministros celestiales y en dicho altar celebraba misa, y en habiéndose comulgado el santo sacerdote le daba a la enferma por comunión al Niño Jesús que le llenaba toda el alma de afectos celestiales. Y concluida la misa cesaba toda aquella celestial visión. Y se queda la enferma muy satisfecha con Dios, dando gracias a Su Majestad por tan alto y soberano beneficio.

32. Y por fin le cumplió Dios a Lorenza sus deseos de comulgar con frecuencia estando enferma en su cama y por humanos medios. Lo dispuso su divina Providencia en esta forma. Por el año de 1695 con poca diferencia, hubo en esta ciudad un señor vicario, D. Domingo Cordero, que conociendo por

buenas experiencias el buen espíritu de Lorenza le tuvo pía afección, y dispuso con los señores curas de la iglesia de Santa María que cuando estuviese impedida por enferma le administrasen por su consuelo la sagrada comunión los días que les pareciese, facilitando el caso la oportunidad de estar muy cerca de la iglesia la casa en que Lorenza vivía, y los señores curas lo hicieron con toda voluntad desde entonces hasta que murió Lorenza, que fue espacio de unos veintiséis años. Esto se ejecutaba viniendo un señor cura a prima noche y reconciliaba a la enferma previniéndola comulgar el día siguiente, y los doce últimos años que estuvo continuamente en la cama le traían a nuestro Señor con más frecuencia que era todos los días de fiesta y otros dos días entre semana. La enferma dormía poco y con Dios velaba mucho y para mayor preparación le concedía Su Majestad que su espíritu viese cuando el cura abría el sagrario para traerle el santísimo y que viniese su mismo espíritu acompañando a Su Majestad como si personalmente lo hiciera. Y en consecuencia de esto, sucediendo algunas veces que el cura sin haber avisado el día antecedente le traía a nuestro Señor, la enferma que en espíritu había visto abrir el sagrario y había visto venir el cura trayendo a Su Majestad, le avisaba a una cuñada suya que le asistía que preparase el altar y abriese la puerta para la venida del Señor, y replicándole ella y diciendo que el cura no había avisado que vendría, respondía Lorenza que lo hiciese por si acaso venía, y luego venía. Los demás días que Lorenza no comulgaba sacramentalmente le repetía el Señor la visión que queda referida en el de 31 de los ángeles y de San Pedro de Alcántara en que espiritualmente recibía a nuestro Señor. Y esta repetida visión la tenía Lorenza por señal cierta de que aquel día no le traería el cura a nuestro Señor sacramentado y así no avisaba a su cuñada que preparase el altar ni que abriese la puerta. Según todo lo cual llegó la enferma a comulgar todos los días, unos sacramentalmente y otros espiritualmente y en esta forma le cumplió el Señor sus fervorosos deseos.

33. Cuando Lorenza hacía su cotidiano ejercicio de adorar las cinco llagas de Cristo nuestro Señor, como queda dicho, y en la llaga de su santísimo costado se abismaba su alma en Dios, aquí solía Su Majestad manifestarle las necesidades y desdichas que padecen las almas en el mundo así comunes como particulares y le mandaba que con oraciones y santas obras solicitase el remedio de su divina misericordia. Representábale Dios con claridad la perdición lastimosa de los infieles que viven de asiento en tinieblas y sombra de muerte porque son más amantes del horror de las tinieblas que de la hermosura de la luz. Representábale también Su Majestad la perdición lamentable de aquellos cristianos que después de haber recibido la fe santa la tienen tan muerta que ni se acuerdan de los atemos bienes a que debían anhelar mi de los eternos males

que debían temer y así malogran la virtud y eficacia de la sangre del Señor derramada por la humana redención. Estas representaciones le dividían a Lorenza el corazón de dolor y con lágrimas y obras penales y continuas oraciones clamaba a Dios pidiéndole misericordia para todos y ofreciéndose por la salvación de las almas a padecer hasta el fin del mundo todo lo que Su Majestad fuese servido. Los disturbios y alteraciones que parecía nuestra España al principio del reinado de nuestro católico Rey Felipe V todos con mucha individualidad se los declaró Dios a Lorenza para que de sus divinas piedades solicitase el remedio. Lo que Lorenza hizo en esta causa Dios que la movía es quien lo sabe, bástenos el saber que la oración perseverante del justo vale y puede mucho para con Dios y que al presente se mantiene nuestro Rey, por la divina misericordia, en posesión pacífica de su Reino.

34. En una de dichas ocasiones en que Lorenza estaba en íntimo trato con Cristo nuestro Señor,le mandó Su Majestad que le rogase por la necesidad que tenía esta nuestra provincia de San Pedro de Alcántara, sin declararle en particular qué necesidad fuese. Con esto acudió a su confesor para obrar con su dirección lo más conveniente y acertado. El confesor le dijo que rogase a Dios por el mayor bien de la religión y remedio de todas sus necesidades y en particular de esta provincia, poniendo por intercesor a nuestro padre San Francisco que como fundador y padre que está con Dios en el Cielo sabe y procura el mayor bien de su religión y el remedio de las necesidades que en este mundo padece. Hízolo así Lorenza y estando en esta su oración se le mostró nuestro padre San Francisco glorioso, despidiendo de sus sagradas llagas admirables resplandores y con benignidad y caricia paternal le dijo: hija mía, lo que mi religión más necesita es tener prelados ejemplares y celosos que sin atender a conveniencias propias se apliquen con todo su cuidado a mantener la observancia perfecta de mi regla, celando con obras y palabras que sus súbditos vivan conforme a la perfecta y evangélica vida que profesaron; y añadió: y para que entiendas y sepas más bien lo que has de hacer, mira, y aquí se le manifestó una grande multidud de hijos del seráfico patriarca, todos glorificados, que uniformes y constantes estaban pidiendo a Dios que proveyese a su seráfica religión de prelados idóneos que mantuviesen la perfecta observancia de la regla con la fiel imitación de Cristo nuestro Señor, pobre, desnudo y crucificado. Y con esta enseñanza quedó Lorenza enterada de lo que debía pedir a Dios en beneficio de esta nuestra provincia y de toda nuestra sagrada religión. Y en esta misma enseñanza de nuestro padre san Francisco podemos también todos sus hijos y seguidores saber lo que debemos hacer y a Dios pedir.

35. Por el año de 1703 hubo en esta ciudad tantas enfermedades y morían tantos que todos los días había entierros y días de cuatro y cinco entierros y en

ambas parroquias ya no había sepulturas que se pudiesen abrir. En esta común calamidad acudía Lorenza a Dios pidiendo misericordia para todos. Y a esto se le allegó el orden de su confesor mandándole que la devoción cotidiana que tenía a las cinco llagas de Cristo nuestro Señor la aplicase por la salud de todo el pueblo. Hizo Lorenza su diligencia y en esta su oración le mandó el Señor que perseverase en su petición y perseverando en ella otro día se le manifestó Cristo nuestro Señor con el rostro en gran manera severo y no lo vio con toda claridad sino como por medio de un velo, y aquí llegó a entender que si viera con claridad la severidad de su divino rostro perdiera al punto la vida. Con esta vista quedó Lorenza afligida y aterrada y mucho más cuando el Señor le manifestó las culpas comunes y particulares del pueblo que provocaban su divina indignación y pedían a su divina justicia más rigurosos castigos. Sintióse aquí Lorenza entre mortales congojas viendo las culpas del mundo y la indignación de su Señor. Y a este tiempo se le manifestó la Madre del Salvador que con maternal solicitud templaba el justísimo enojo de su santísimo Hijo, pidiéndole que les diese a los culpados lugar y tiempo de penitencia con su poderosa gracia para la debida enmienda. Y volviéndose a Lorenza le amonestó y alentó a que ella hiciera lo mismo. Y confortada con esta amonestación hizo al Señor nuevas instancias, representando a Su Majestad el valor y eficacia de su santísima sangre que derramó para remediar y purificar las almas. De esta visión salió Lorenza muy lastimada y afligida por lo que el Señor le había mostrado en ella pero muy firme y constante en proseguir su petición como la Reina del Cielo se lo había amonestado. Y otro día estando en su oración se le manifestaron muy benignos y apacibles Cristo nuestro Señor y su santísima Madre, y el mismo Señor le dijo que le eran gratos sus ruegos porque el solicitar la enmienda de los pecadores es imitar a Su Majestad, Cordero de Dios que tiene por oficio quitar pecados del mundo. Y con esto, Hijo y Madre santísimos le dieron su bendición y con ella grande esperanza de conseguir, por la divina misericordia, el remedio de la presente calamidad. Y salió el efecto muy conforme a esta esperanza porque dispuso Dios que luego viniesen a esta ciudad unos padres misioneros que estuvieron en ella quince días predicando y confesando y este medio que fue el remedio de las almas fue también eficaz remedio para la salud de los cuerpos.

36. Un vecino de esta ciudad le tenía pía afección a Lorenza y en ocasiones que estaba enferma le solía enviar un panecito de regalo para que lo pudiese comer y Lorenza agradecida encomendaba a Dios a este su bienhechor. Y en una de estas ocasiones en que estaba rogando a Dios por él, le manifestó Su Majestad que aquel hombre tenía en muy mal estado su alma. Con esta noticia Lorenza se aplicó con más conato a solicitar de Dios su misericorida para aquel hijo

necesitado. Y tal vez que solía venir a visitarla le daba consejos santos en orden a su eterna salud, sin declararle el mal estado en que estaba. Pero el hombre estaba bien hallado en su desdicha y los buenos consejos no hacían efecto en su corazón. Superabundando aquí la divina misericordia quiso representarle a este hombre con mayor claridad su perdición. Vino un día a visitar a la enferma y así que entró le manifestó Dios a Lorenza la mala conciencia y pecados de este hombre y con esta vista fue tal el dolor y angustia que sintió su alma que sin poderse reprimir prorrumpió en altas voces diciendo: qué lástima de almas que así se pierden!. Misericordia, Señor, por la sangre que derramaste por nosotros!, y esto lo repetía inundada en lágrimas de dolor. Aquí el hombre imaginó que como Lorenza era buena cristiana estaba rogando a Dios por todos y por no embarazarle su buen ejercicio se fue sin hablarle palabra. Perseverando este hombre con su ceguedad, perseveró también Lorenza en su oración y Dios en repetir sus piedades. Pasados algunos días sucedió que volviendo Lorenza de la iglesia a su casa se encontró con este hombre y llegándose a él le dijo como de paso: pues si no bastan las voces de Dios no hay más remedio que tener paciencia, y sin más detenerse prosiguió su camino. El hombre se quedó suspenso, pensando y discurriendo el significado de tales palabras, mas presto le hizo Dios que las entendiese porque dentro de un breve rato le asaltó una rigurosa enfermedad de fuertes dolores en todo el cuerpo de los cuales se halló tan oprimido que tasadamente pudo llegar a su casa que estaba muy cerca. Púsose en cama y en ella estuvo diez días sin poder descansar de día ni de noche y cuantos remedios le aplicó la medicina, que fueron muchos, fueron todos sin efecto de alivio ni mejoría. Viéndose en tanta aflicción y riesgo envió a llamar a Lorenza pidiéndole que por amor de Dios viniese a consolarlo porque se estaba muriendo sin remedio. Vino Lorenza a verle y comenzando el enfermo a contarle toda su tragedia, dijo Lorenza que le echasen una ayuda. El enfermo replicó diciendo que por orden del médico se había ya hecho muchas veces aquella medicina y no había aprovechado. No obstante eso, dijo Lorenza, hágase lo que he dicho con firme confianza en Dios que hará Su Majestad como quien es. Con la buena fe que en Lorenza tenía el enfermo se hizo el dicho remedio y de él se siguió prontamente el deseado alivio y mejoría, la cual fue prosiguiendo hasta que convaleció con brevedad. Con las buenas lecciones que a este hombre le dieron sus dolores y su inopinado alivio, dio en la cuenta y reconoció que Lorenza había conocido el mal estado de su alma y que a su remedio se habían encaminado sus buenos consejos y su llanto, y que aquella enfermedad había sido castigo de Dios por sus pecados. Y con esta misericordiosa luz de Dios se confesó y se aplicó a hacer vida ejemplar. Y Lorenza se aplicó también a pedir a Dios que a aquel hombre diese perseverancia en su comenzada enmienda.

37. Por el año de 1690 vine yo a morar en este convento de Huéscar y hallé que en el convento de Madre de Dios, que es de religiosas dominicas, estaba sucediendo un caso en gran manera horrible y lastimoso que era haber una religiosa convertida en bestia y fiera. Teníanla en una sala capaz con una cadena al pie, cuyo extremo traspasaba el suelo y en el cuarto bajo estaba afianzado para que la paciente no pudiese llegar a puerta ni ventana ni pudiese hacer daño a las religiosas que entraban a cuidarla. No consentía en su cuerpo ropa alguna porque la hacía pedazos, no tenía más abrigo ni más cama que un poco de atocha donde pasaba la vida como un animal inmundo y dando noche y día continuas y desatinadas voces, espectáculo tal que al convento y a toda la ciudad tenía llenos de compasión y de horror. Y dividida la voz común, unos decían que estaba loca y otros que estaba endemoniada. Y en este miserable estado la mantuvo Dios años enteros por sus altísimos y venerables juicios. Luego que yo vine, el padre prior del convento de nuestro padre Santo Domingo me consultó el caso y determinamos el ir a reconocer a la paciente. Fuimos y a pocos lances fue Dios servido que se descubriese ser todo su mal y trabajo nacido de opresión diabólica. Y con el tiempo y experiencia llegamos a reconocer que eran muy muchos los demonios que la atormentaban y así determinamos la aplicación de los conjuros. Lorenza que no ignoraba el caso pedía a Dios el remedio de necesidad tan lastimosa y Su Majestad le reveló que aquel horrible trabajo se lo había permitido a la paciente no sólo para su mayor bien sino también para bien de otras muchas almas. Para el ejercicio de los conjuros que le hacíamos dos vecesn cada semana, los días más a propósito para ello, concurríamos cuatro sacerdotes, el padre prior y yo y dos compañeros y casi todas las monjas. En la sala, sobre un altar ponían al Niño Jesús que llaman Rey de las Flores, y aquí el padre prior con muchas monjas se ocupaban en letanías y deprecaciones por la enferma. Yo hacía los exorcismos y otras muchas monjas se ocupaban y trabajaban bien en sujetar la enferma, unas por las manos y otras por los pies y los dos compañeros sacerdotes se aplicaban a defenderle la cabeza porque bregaba como un toro y sin dicha defensa se hiciera pedazos por aquellos suelos. Los demonios hacían horribles resistencias hasta hacerle temblar a todo el cuarto, mas esto nos ayudaba a todos a obrar con mayor fervor y más firme confianza en Dios. Lágrimas y clamores a Dios y a su santísima Madre era allí el más común empleo de los asistentes. En esta forma fuimos prosiguiendo y siempre con efectos de mejoría en la enferma hasta que al cabo de un año y medio, por la divina misericordia, quedó reducida a vida racional y a vida cristiana y a vida religiosa. Y se hizo un público hacimiento de gracias con misa cantada y sermón en el convento con general alegría de toda esta ciudad, dando todos gloria a Dios por tan alto y deseado beneficio.

38. Sobrevivió esta religiosa hasta el año de 1703, y entonces vine yo otra vez a morar en este convento. Y en todo el dicho tiempo hizo una vida ejemplarísima y tan a satisfacción de su Sagrada religión que la ocuparon en oficios de mucha confidencia, como ser portera y maestra de novicias, sin que en dicho tiempo se le reconociese indicio alguno de opresión diabólica. Hasta que llegó su última enfermedad que fue un zaratán muy penoso. Por el cual, puesta en cama, aquí volvió a padecer algo de vejación del demonio despedazando la ropa de la cama, mas esto le duró muy poco. Y al mismo tiempo le reveló Dios a Lorenza que a la monja enferma le quedaban pocos días de vida y le mandó también que hiciese por ella cuanto le fuese posible. Era ya tiempo de que la enferma recibiese el viático y con el nuevo efecto de despedazar la ropa se dificultaba administrarle el Santísimo. Sobre esto me consultó el prelado del convento de nuestro padre Santo Domingo y fuimos a ver la enferma. Yo la examiné y no hallé en ella indicio alguno de tener demonio y confesó conmigo con todas aquellas santas calidades que se pueden desear para una saludable confesión. Y así se determinó el darle a nuestro Señor, luego al punto.

39. Trajeron a nuestro Señor y al punto que el sacerdote se lo mostró en sus manos comenzó la enferma a decirle a Su Majestad tan devotas ternuras, en actos de contrición y de amor y con tal fervor de espíritu que el sacerdote se detuvo dándole lugar a que prosiguiese diciendo a Su Majestad todo lo que su espíritu fervoroso le dictaba. En este intervalo, que fue como medio cuarto de hora, toda la comunidad de las monjas, que asistían con sus luces y de rodillas, estaban hechas un mar de lágrimas oyendo lo que la enferma decía. Hízose la función y todos quedamos dando gracias al Señor que con tan larga mano había favorecido a la enferma. La cual perseveró en sus devotas y santas demostraciones todos los días siguientes hasta que acabó la vida ejemplar y santamente en el Señor. Y para lograrse este tan dichoso fin, el mismo día en que murió le avisó Dios a Lorenza que a la enferma le quedan pocas horas de vida y le mandó que por su alma hiciese una fuerte disciplina y que le pidiese por ella y juntamente le encargó que cuando oyese la señal de campana que se da de haber algún moribundo cuidase de hacer oración porque aquella última hora era la de mayor necesidad. Esta revelación divina tuvo Lorenza a mediodía cuando ya era hora de comer y se encerró en su aposento, previniendo a su cuñada que la dejasen sola hasta que ella avisase. Hizo Lorenza lo que el Señor le mandó y allá a la media tarde viendo la cuñada que Lorenza no había comido ni avisaba, le llevó una corta porción de alimento que lo tomó con brevedad y prosiguió su oración hasta las diez de la noche que se oyó doblar la campana de las monjas y por ella se reconoció haber muerto ya la religiosa enferma. Estos cuidados de Dios, estos encargos repetidos que Su Majestad hizo a Lorenza y las devotas y

santas demostraciones que se vieron en la enferma, son clarísimos indicios de que a la que en este mundo padeció tribulaciones tan graves la sacó de sus temporales penas para llevársela consigo a los eternos descansos.

40. La cristiana caridad que ardía en el pecho de Lorenza se extendía con especial propensión a favorecer a las benditas ánimas del Purgatorio. Habíale Dios manifestado las gravísimas penas que padecen y como ella estaba tan acostumbrada a padecer sabía compadecerse de las almas que estaban padeciendo. Por todas en común y por muchas en particular hacía cuanto alcanzaban sus fuerzas, mediante el favor divino. Sus enfermedades, dolores, disciplinas y oraciones, o postrada en tierra o en cruz cuando estaba en cama, todo lo ofrecía a Dios por el alivio y libertad de las almas de sus prójimos difuntos; y a estas obras de caridad las correspondía Dios mostrando sus divinas misericordias. El día que Lorenza comulgaba sacramentalmente, le ofrecía a Dios por las benditas ánimas lo mismo que había recibido que era el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo y por el valor y virtud de esta saludable Hostia que abre la puerta del Cielo le daba Dios libertad a tres ánimas de Purgatorio, concediéndole a Lorenza el que las viese salir para que se esforzase a proseguir su ejercicio y para darle a Dios gracias por ello. Esto mismo le concedía cuando andaba con la consideración el Vía Crucis, como queda dicho en el &.15, que veía salir tres ánimas del purgatorio para el Cielo. Y este santo ejercicio lo hacía Lorenza todos los días sin dispensar en él por sus enfermedades. Demás de esto, le enviaba Dios muchas almas del Purgatorio a pedirle que les favoreciese, y unas pedían que hiciese por ellas algunas disciplinas y otras otros santos ejercicios. Y muchas veces estando durmiendo, la despertaban para pedirle lo que habían menester y ella les ofrecía hacer lo que le pedían y sin dilación lo ejecutaba. Y en habiéndolo hecho, luego se las mostraba el Señor como salían del Purgatorio y con esto se aplicaba a bendecir a Dios por sus divinas misericordias.

41. Los benditos y santos empleos de Lorenza de hacer bien por sus prójimos vivos y difuntos en que continuamente estaba atareada, los tenía por oficio propio como el Señor se lo tenía muchas veces encomendado y mandado. Y siendo estas obras de caridad tan contrarias a las obras y al genio del demonio claro está que estaría muy irritado él con ella. Permitió Dios que esta criatura tuviese grandes y continuos combates de los demonios para más mérito en ella y para mayor confusión de ellos y para mayor gloria de su divina Majestad que a estos fines encamina Dios semejantes permisiones. Para estas luchas previno Dios a Lorenza diciéndole: pelea, hija mía, mis batallas contra los demonios que contigo estoy, no les temas: yo soy el todo amable a quien debes amar y el terrible

al que sólo debes temer, con la señal invencible de mi Cruz los vencerás. Y también la esforzaba Su Majestad enviándole a su gloriosa amiga Francisca que la visitase y la alentase a pelear. No hacía Lorenza obra alguna en beneficio de sus prójimos vivos y difuntos a que no le hiciese contradicción el Infierno por medio de sus ministros infernales. Combatíanla los demonios con todos los ardides que podía inventar su soberbia y su obstinada malicia. Acometíanla con sugestiones llenas de falsedad y mentira contra la eterna verdad y contra todos sus santos ejercicios. Y aquí Lorenza hacía fervoro(sos) actos de fe y de esperanza y caridad, poniendo su corazón todo en Dios. Combatíanla con formidables estruendos y ruidos y Lorenza permanecía constante y animosa diciendo para sí: Dios es mi salud y el protector de mi vida no tengo que temer. Combatíanla mostrándosele en horribles y espantosas figuras y aquí Lorenza con la señal de la Santa Cruz los ponía en fuga. Combatíanla haciéndole con sensibles voces grandes y terribles amenazas y aquí Lorenza también en voces sensibles despreciaba sus amenazas mostrándole la firmeza que tenía en Dios. Aquí ya no era Lorenza la que hablaba sino el espíritu de nuestro Padre Celestial el que hablaba en ella y le daba lengua y sabiduría a que no podían resistir ni contradecir todos sus adversarios. En el caso de la monja energúmena que queda referido, poniéndose a ejercitar por ella lo que le mandaba Dios vinieron muy amotinados contra ella muchísimos demonios que, según dieron a entender, eran los verdugos que habían atormentado a la dicha monja y en voces sensibles la amenazaron diciendo que ya habían de acabar con ella derribándole la casa encima y que en su ruina había de quedar ahogada y sepultada para que nunca más se metiese en cuidados ajenos ni en aquel negocio en que ellos estaban de por medio. Aquí Lorenza asistida de Dios les dijo que se alegrara de tener en su mano todos los corazones de las criaturas humanas para llevarlos todos a Dios y que a pesar del Infierno había de hacer sin falta lo que el Señor le mandaba y que por favorecer a sola una alma comprada con la sangre de Dios estaba pronta a perder mil vidas que tuviera. Y dicho esto haciéndoles con la mano cruces se pusieron en fuga llenos de rabia y de confusión. Otras veces, permitiéndolo el Señor, combatían a Lorenza los demonios maltratando su persona y ella aquí se defendía con el escudo fuerte de la paciencia. Una noche, estando durmiendo, le dieron un fuerte golpe en la misma cicatriz de la pierna cortada que le dejó muy lastimada aquella parte y con unos dolores tan vehementes como causados por manos tan inhumanas y aquí su defensa fue decir sea por amor de mi Señor Jesucristo que más padeció por mí.

Y así pasó lo restante de la noche padeciendo sus gravísimos dolores hasta que por la mañana le dio el Señor algún alivio con que pudiese levantarse y venir a la iglesia a sus cotidianos ejercicios.

42. Mayor daño le hicieron a Lorenza los demonios en otra ocasión que volviendo de la iglesia para su casa y estando ya cerca de ella le hicieron caer en tierra y al tiempo de caer le hicieron en su cuerpo mayor estrago que el que naturalmente podía hacerle el golpe de la caída. Se le dislocaron los huesos de una muñeca y una costilla y la canilla de un muslo por la parte superior. Con la fuerza de tantos y tan fuertes dolores quedó Lorenza en tierra como muerta, entráronla en su casa y la pusieron en cama para cuidar de su curación. Ésta fue la más sensible tribulación que tuvo Lorenza en toda su vida, eran gravísimos sus dolores mas no le afligían tanto como la curación principal que había de hacerse en parte que tanto lo repugnaba la virginal pudicia, más fácil le parecía el morir que admitir tal curación. Y para que la admitiese intervino el mandato de su confesor proponiéndole que la curación se haría por manos consagradas de un señor sacerdote que tenía habilidad especial para componer y reducir a su lugar los huesos dislocados. Y en esta conformidad se hizo la curación con toda la posible decencia aunque a costa de repetidos martirios en las repetidas curaciones. Por espacio de mes y medio tuvo Lorenza bien que padecer en este caso. Pero si fueron abundantes sus dolores y pasiones también fueron super-abundantes sus divinas consolaciones porque en todo este tiempo tuvo muy frecuentes visitas de Cristo nuestro Señor, de su santísima Madre, de nuestro padre San Francisco y de San Pedro de Alcántara y de otros muchos celestiales moradores y todos la consolaban y alentaban a padecer por Dios y por sus prójimos vivos y difuntos. Y los días que no comulgaba sacramentalmente le concedía el Señor que en espíritu viniese a nuestra iglesia a oír misa y comulgar espiritualmente. Y con esto Lorenza lo pasaba alegremente, padeciendo por Dios, cumpliendo en ella Su Majestad su divina promesa de oír y asistir al atribulado en su tribulación y de librarle y glorificarle porque acudió al mismo Señor con su clamor y firme confianza. Sacó Dios a Lorenza de esta su tribulación con fruto y merecimiento y, conforme a sus deseos, con ejercicio nuevo de paciencia, quedando tan quebrantada que de allí adelante para salir de su casa fue menester que otra mujer le ayudase trayéndola de la mano.

43. En una ocasión se le ofreció a Lorenza tener una contienda muy reñida con un demonio que hacía oficio de duende por el año de 1707. En la casa en que vivía el gobernador de esta ciudad andaba un duende haciendo a toda la gente de la casa grandes molestias y pesadas burlas y desconcertando y maltratando las alhajas. Y para remedio de este daño vino el gobernador a pedirle al guardián de este convento que fuese a su casa a conjurar al duende. Fue allá y de camino le dio a Lorenza la noticia del caso y le encargó que rogase a Dios por el buen suceso. Hizo el guardián su diligencia y luego se fue a Lorenza el duende y le hizo grandes amenazas diciéndole que si hacía diligencia alguna

contra él le había de costar muy caro porque dejaría la casa del gobernador y se vendría a la suya para que ella y toda su gente experimentasen sus furias y sus iras. Oyó Lorenza sus amenazas con desprecio y el duende se volvió a su antigua estancia a proseguir sus travesuras. Pero en comenzando Lorenza sus santos ejercicios luego acudía puntual el demonio duende a hacerle contradicción. Poníase Lorenza en oración y el duende le daba horribles aullidos o proseguía en hacerle mayores amenazas y ella se estaba firme con Dios en su oración. Poníase a hacer la disciplina y el duende se la detenía en el aire de modo que no llegase golpe al cuerpo y aquí Lorenza se convertía a Dios pidiéndole favor y perseveraba hasta conseguir su intento. Gustaba Dios de ver a Lorenza pelear y así dio Su Majestad lugar a que esta contienda durase algunos días para que Lorenza, a honor y gloria suya, repitiese los triunfos. Y por fin le mandó el Señor que ahuyentase al demonio duende con la señal poderosa de su santa Cruz. Y a este punto se halló Lorenza en espíritu en casa del gobernador haciendo cruces y echando bendiciones en todos los aposentos y rincones de ella. Y desde entonces nunca más apareció el duende y así quedaron todos alegres dando gracias a Dios por este beneficio.

44. En esta tierra de Huéscar suelen venir por el verano algunas nubes de piedra que destruyen los campos y los frutos y también algunos aires tan fuertes que destrozan los árboles y hacen otros graves daños. Y ya se sabe que en estas tempestades suelen entrometerse los demonios como enemigos nuestros para hacemos cuanto daño pueden, dándoles Dios permiso para ello. Y como a Lorenza la tenía destinada para pelear contra el Infierno, cuando se movían las dichas tempestades le daba Su Majestad a conocer los demonios que andaban por el aire agenciando con las nubes y vientos los daños de la tierra. Una mañana, por el mes de junio, estando Lorenza en nuestra iglesia orando después de haber comulgado, entendió por luz divina que aquella tarde habría grande tempestad introducidos en ella los demonios. Y con este aviso se aplicó a pedir a Dios misericordia. A las once del día comenzaron a sonar grandes y frecuentes truenos y a las dos de la tarde estaba el cielo tan oscurecido de negras y densas nubes que parecía que comenzaba la noche. Todas las campanas de la ciudad clamoreaban, en todas las iglesias descubrían el Santísimo y en todas ellas asistían sacerdotes conjurando y toda la gente de la ciudad andaba temerosa y afligida. Y Lorenza con la gente de su casa se pusieron a rezar el rosario delante de una imagen de nuestra Señora, encendiéndole dos luces, solicitando en esta forma las piedades de la que es Madre de misericordia. Hecho esto se quedó Lorenza prosiguiendo su oración y aquí oyó las voces de los demonios que le dijeron: buen refugio has tomado en esa mujer creyendo con error que puede mucho. En vista de este sacrílego atrevimiento de los demonios, Lorenza,

muy amante de la divina Señora como quien la había visto tantas veces y experimentado sus maternales piedades, se hizo una leona en fervores para defender la honra y gloria de la gran Reina del Cielo y con gran fervor de espíritu comenzó a publicar en alta voz las excelencias, grandezas y perfecciones de la Madre de Dios perseverando largo rato en este santo empleo. Y agradado el Señor de este buen celo de Lorenza le dio a entender que ya por su divina virtud y la intercesión poderosa de su dignísima Madre quedaban los demonios no solamente reprimidos sino también confundidos. Y en consecuencia de esto luego prorrumpió el nublado en lluvia sin hacer daño alguno, las nubes se dividieron a diversas partes, el cielo quedó claro y sereno, todos alabando a Dios alegres y Lorenza en oración dando a Dios gracias por todo.

45. En una fuerte tempestad de aire, Lorenza, centinela vigilante que velaba siempre en defensa del pueblo, acudió a Dios en su oración pidiendo a Su Majestad que sosegase los vientos y reprimiese a los demonios que los impelían para hacemos daño. Y aquí se le manifestaron Cristo nuestro Señor con su santísima Madre y el Señor con grande severidad en su rostro. Y reconociendo Lorenza en este efecto la causa, que los pecados son los que a Dios enojan, se aplicó a hacer mayores instancias diciendo a Su Majestad: Señor, por tu bondad infinita que cese esta tempestad y no castigues con ella a tus ofensores sino solamente a mí que soy la peor que hay en el mundo, vengan sobre mí todos los castigos y queden libres mis prójimos y hermanos. Respondióle el Señor todavía muy severo: ya cesará la tempestad a su tiempo. Afligida Lorenza no desistió de su pretensión y para conseguirla hizo la más poderosa diligencia que fue convertirse a la Reina y Madre de misericordia pidiéndole que templase el justísimo enojo de su santísimo Hijo y le pidiese perdón y misericordia para sus miserables ofensores. La divina Madre empezó a ejercer su oficio de Abogada nuestra y aquí reconoció y advirtió Lorenza que como la Madre de Dios iba orando se le iba a su santísimo Hijo reduciendo el rostro a su antigua y natural apacibilidad y que al mismo tiempo se iban quietando los vientos hasta que de todo punto se acabó la tempestad. Agradeció Lorenza al Señor y a su divina Madre el beneficio pero salió de la visión su corazón muy lastimado de haber visto en el rostro de nuestro amabilísimo Salvador el disgusto y enojo que le dan nuestros pecados. Y así se aplicó con mucho esfuerzo a pedirle a Su Majestad misericordia y perdón para todos sus ofensores y su poderosa gracia para la debida enmienda. Son muy dignas de reparo y atención las palabras que el Señor dijo a Lorenza: ya cesará la tempestad a su tiempo, y la ocasión y punto en que las dijo el Señor, cuando Su Majestad las dijo ya Lorenza le había hecho repetidas instancias solicitando sus divinas piedades y todavía perseveraba en el

señor su justo enojo y en la tempestad su gran rigor, todavía no se había puesto de por medio nuestra divina intercesora. Mas luego que comenzó la Madre de Dios su intercesión poderosa, comenzó también a templar de el justo enojo de Dios y a templarse también la furia de los vientos. Lo que por sus oraciones Lorenza no consiguió de Dios lo consiguió por medio de su santísima Madre. Bendita sea tal Madre y el Señor que la crió y se hizo Hijo suyo y nos la dio por dulcísima y amabilísima Señora y Madre y Abogada nuestra.

46. Perseverante Lorenza en la caridad de Dios y de sus prójimos atendía no solamente a la salud y vida de sus almas sino también a solicitarles para sus dolencias corporales el remedio. Como Lorenza estaba bien opinada en toda esta ciudad venían a ella muchos a solicitar sus oraciones para el alivio y remedio de varias enfermedades. Lorenza los encomendaba a Dios y la voz de su oración era dulce a los divinos oidos y de aquí resultaban efectos saludables y admirables. Nuestro hermano... fray Juan de Monreal siendo predicador conventual de este convento nuestro de Huéscar por el año de 1686, con poca diferencia, tuvo una grave enfermedad de dolor de costado y luego que se sintió malo envió aviso de ello a Lorenza pidiéndole que lo encomendase a Dios. Y ella respondió que quedaba encomendándole a Dios mas que tuviese paciencia. Era la enfermedad ejecutiva y así el enfermo se previno recibiendo a nuestro Señor por viático. El día séptimo perseverando en su rigor la enfermedad sucedió que entrando en su celda a visitarle los dos médicos de esta ciudad llegó un recado de Lorenza en que decía que ya estaba ella con la enfermedad del padre Monreal. A este punto se sintió el enfermo sin su dolor de costado y pulsándole los médicos le hallaron libre y limpio de calentura. Y todos admirando el caso resolvieron que ambos médicos fuesen a ver a Lorenza para entender y saber de cierto lo que su recado significaba. Fueron y hallaron a Lorenza con buen dolor de costado y con calentura de la misma especie que nuestro enfermo la había padecido y para más comprobación de la verdad fue el guardián de este convento a ver a Lorenza y certificarse del caso. Y ella le respondió con claridad: padre guardián,como yo soy en el mundo tan inútil y el padre Monreal hace falta en el púlpito y en el confesionario le pedí a Dios que le diera salud y a mí su enfermedad y Su Majestad me hizo la gracia de otorgarme lo que pedía. Nuestro enfermo quedó libre de su accidente y convaleció con brevedad y Lorenza con su dolor de costado que le duró otros siete días y después convaleció.

47. Nuestro carísimo hermano fray Antonio de la Peña que fue electo por ministro provincial de esta nuestra provincia por el año de 1693, viniendo a este nuestro convento de Huéscar habló con Lorenza y le encargó que le encomendase

a Dios porque había de ir al capítulo general que nuestra sagrada religión había de celebrar en la ciudad de Vitoria. Hizo su viaje y en el camino, en un paso fragoso de piedras y peñascos, se levantó un aire fuerte que le derribó de la cabeza el sombrero y dando éste sobre las orejas de la mula en que iba se espantó la bestia y le arrojó sobre las peñas y del golpe se le dislocó un brazo por la juntura del hombro. Con este trabajo se fue al pueblo más cercano y allí se remedió para proseguir su viaje y cumplir su obligación. Volvió acá a su provincia entrando por su convento de Murcia donde envió a llamar a su secretario, que a la sazón se hallaba en Granada y era nuestro hermano fray Juan de Monreal. El cual pasando por este convento de Huéscar para el de Murcia, fue a ver a Lorenza y en la conversación le preguntó que si sabía la desgracia que le había sucedido al padre provincial en el viaje que hizo al capítulo general. Respondió Lorenza que lo sabía muy bien y volviendo a preguntarle que quién le había dado la noticia le respondió con claridad, como a confesor suyo que lo había sido, y dijo: Señor, cuando el padre provincial cayó quiso Dios que yo me hallase presente en espíritu y Su Majestad me mandó que al tiempo del caer le defendiese la cabeza porque sin esta defensa fuera su daño mayor y fuera irremediable y no hice más porque el Señor no me permitió ni mandó más y añadió diciendo: y para que usted se certifique, en llegando a Murcia, pregúntele al padre provincial si es verdad que al tiempo del caer invocó interiormente a San Antonio de Padua diciendo: padre mío San Antonio favorecedme. Llegó el secretario a Murcia y a su provincial le hizo la pregunta y le respondió: así es verdad, al tiempo de caer llamé a mi santo con esas mismas palabras: padre mío San Antonio favorecedme. Y no sin admiración le preguntó el provincial que quién le había dado aquella oculta noticia y le respondió lo que le había pasado con Lorenza. Y el provincial confesó que según la aspereza del sitio donde cayó fue misericordiosa providencia de Dios el no haber recibido mayor daño. Y con esto tuvieron buen motivo para bendecir a Dios.

48. Hará once o doce años que yo tuve en este convento de Huéscar una enfermedad de que estuve próximo a la muerte. Y habiendo ya recibido la santa extremaunción y habiendo ya la comunidad rezádome dos veces la encomendación del alma se esperaba que yo muriese antes de la medianoche, según el juicio del médico, y yo conocía que me estaba muriendo. Las monjas del convento de esta ciudad,deseosas de que Dios me diese vida, me enviaron su Niño Jesús que llaman el Rey de las Flores, trajéronmelo a prima noche a la celda y con su vista me alegré mucho y dije para mí: esta noche tenemos fiesta porque el Rey de las Flores ha venido ha visitarme para que yo me muera alegremente. Y con esta alegría en vez de morirme me quedé dormido. Dejáronme dormir y cuando desperté reconocí que ya no estaba moribundo

porque ya respiraba con descanso y el pulso estaba concertado. Y dije para mí si esto está mejor sin duda que alguna o algunas almas que conozco profesan con el Rey de las Flores mucha intimidad se han puesto de por medio pidiendo a Su Majestad que me de vida y el Señor les ha concedido su petición y por ellas me ha hecho a mí esta gracia, esto es sin duda y no puede ser otra cosa, Dios se lo premie a quien tanta caridad me ha tenido. Fue manifiesta mi mejoría y prosiguió hasta convalecer y con brevedad. Pero me quedé firme en el concepto y dictamen referido y en él permanecí sin saber quien hubiese sido en particular o quienes hubiesen sido las personas que con el Rey de las Flores negociaron mi inopinada salud. Pero fue Dios servido que pasados algunos años y venido el año de 1714 lo supiese de cierto y sucedió en esta forma.

49. Nuestra Feliciana de Ortega, hija de la tercera orden de nuestro padre San Francisco de hábito menor, doncella ejemplar muy amiga de Lorenza y muy amante del Rey de las Flores, murió el dicho año de 1714 con buena fama de santidad y fue sepultada en la capilla de San Pascual de este convento y de sus ejemplares y santos procederes hay buenas memorias en el archivo de esta nuestra provincia. Como entonces hablaban todos de los buenos ejemplos que habían visto en Feliciana, yo también estando con Lorenza allá en su casa moví la conversación con Lorenza hablando de su buena amiga Feliciana. Y en esta ocasión me dio Lorenza la particular noticia que yo ignoraba. Díjome que cuando yo estuve tan de peligro y me trajeron a la celda al Rey de las Flores sabiéndolo Feliciana vino a prima noche a verla y que le dijo: ¿qué te parece, Lorenza, cómo el padre Romero se nos muere?. Y que respondiendo ella: así lo dicen todos, dijo Feliciana: pues yo no quiero que se muera sino que él me entierre a mí, ¿no será bueno, pues le han llevado a la celda a nuestro santísimo Rey de las Flores, que le pidamos a Su Majestad que nos lo deje por acá?, porque, ¿no nos lo concederá si se lo pedimos?, ¿qué nos ha de negar aquella cara más hermosa que mil cielos?. Y que le respondió: pues pidámoselo. Y con esto cerraron la puerta del aposento y tomando una imagen del Niño Jesús que allí tenía Lorenza se pusieron en oración teniendo en medio de las dos la santa imagen. Y que después de un buen rato que estuvieron con silencio rogando a Su Majestad por mi salud, ambas prorrumpieron en voz alta a un mismo tiempo y en unas mismas palabras diciendo: ea, gracias a Dios que se nos queda por acá el Padre Romero y alegres dieron gracias a Su Majestad por haberles concedido lo que pidieron. Con que ajustada bien la cuenta, cuando ellas estaban en oración empezó mi mejoría y con esta noticia prosigo diciendo: que Dios se lo premie a Feliciana y a Lorenza.

50. Una buena señora, mujer principal y bien afecta a Lorenza, hallándose molestada de un dolor de muelas llegó a estar determinada a que le sacasen

la muela de donde se originaba el dolor. Pero antes de admitir tan costoso remedio, la persuadió su buena fe el valerse de las oraciones de Lorenza. Fue a verla y dándole cuenta de su trabajo y pidiéndole que la encomendase a Dios se acercó a mostrarle el lado de las muelas donde tenía el dolor. Lorenza, compadecida, le pasó la mano por la mejilla y le dijo que no se sacase la muela sino que confiase en Dios que ya el dolor se quitaría. Y al punto que la paciente sintió el contacto de la mano de Lorenza sintió también de su dolor el alivio y este alivio perseveró de modo que volvió a su casa sin intento de que le sacasen la muela. Y aumentando su confianza en Dios y aumentándose su alivio cesó de todo punto el dolor y no le volvió jamás. Por este y por los tres antecedentes casos referidos y por otros muchos semejantes, Lorenza, como verdaderamente humilde, cautelándose de los aplausos y estimaciones del mundo, acostumbraba a pedir a Dios que por estas misericordias que Su Majestad hacía a sus criaturas no permitiese que a ella se lo agradeciesen no le tuvieran estimación ni de ella hiciesen caso sino que todo agradecimiento, honor y gloria se lo diesen a Su Majestad a quien todo se le debía como autor de todo bien.

51. Con estos mismos intentos se ingenió Lorenza a hacer una medicina y remedio universal para todos los enfermos y para todo género de enfermedades. Tenía una crucecita de la higuera de San Pedro de Alcántara, su muy devoto, y la bañaba en agua y de esta agua daba a todos los enfermos encargando que la tomasen con muche(sic) y confianza en la intercesión y méritos del santo. Y con esta universal y devota medicina se experimentaban sanidades admirables aún en enfermedades que daban pocas esperanzas de recobrar la salud. Referirlas todas fuera imposible porque la aplicación de dicha medicina era en Lorenza como oficio cotidiano, ni referiré todas las que han llegado a mi noticia. Baste el referir una sola por muestra de todas las demás. Vino a ver a Lorenza una mujer afligida trayendo consigo de la mano una hija suya de edad de unos diez años. Y le dijo que no tenía más consuelo que aquella niña y estando como estaba tan enferma de los ojos que no veía le era su mayor dolor y que la encomendase a Dios o le diese algún remedio. Y Lorenza compadecida de la enfermedad de la niña y de la aflicción de la madre hizo con su agua de San Pedro de Alcántara su colirio que aplicó a los ojos de la niña haciendo su acostumbrada exhortación a hija y madre que confiasen en Dios teniendo mucha fe en el glorioso santo. Hecha esta curación cuando se fueron hija y madre al poner el pie en la calle dijo la niña muy alegre: madre, madre ya veo adonde pongo los pies. Y desde entonces comenzó su mejoría y dentro de pocos días quedó la niña sana de sus ojos y con su vista perfecta y permanente.

52. Deseaba y pretendía Lorenza por su humildad que nadie le tuviese estimación ni hiciese caso de ella y por el más efecto, el Señor que cuida de

honrar a los humildes porque estos son los que honran a su infinito poder disponía que todos atendiesen a Lorenza como reconocidos a los buenos efectos que de sus oraciones se experimentaban y que su piadoso y cristiano afecto con que la atendían lo manifestasen acudiendo por limosna al remedio de sus necesidades y pobreza que nadie las ignoraba. Y por este medio de la piedad cristiana la daba la divina Providencia cuanto había menester: comida, vestido, ropa de cama, casa en qué vivir y personas que la atendiesen con grande caridad. Los empleos de Lorenza eran todos buscar el Reino de Dios y su justicia y el Señor le cumplía la promesa del Evangelio administrándole su divina Providencia todo lo necesario a la vida. Y después en su muerte y en su entierro, como adelante diré, resplandeció también muy clara la Providencia divina. Y el haber sido su entierro en este nuestro convento fue especialísima providencia del Señor y tuvo su principio en esta forma. En una de las muchas ocasiones que (como tengo dicho) Lorenza fue visitada de su amiga Francisca, ya gloriosa, le rogó, pues era poderosa viviendo ya unida con el Todopoderoso, negociase con Su Majestad que fuese su sepultura en la capilla de San Pascual, donde ella fue sepultada y donde al presente se guardan sus memorables cenizas, que esto sería su mayor consuelo y no tenía en la tierra méritos ni valimientos para conseguirlo. Su buena amiga le respondió que confiase en Dios que todo se compondría. Quedando esto tratado en esta forma y no habiendo Lorenza comunicado este su deseo a criatura alguna de este mundo, se halló cuando menos lo pensama(sic) en sus manos con la licencia de nuestra provincia para enterrarse en este nuestro convento, lo cual dispuso Dios de esta manera. Una santa religiosa de este convento de Huéscar, estando en oración, le mandó nuestro Señor en voces de su clarísima luz que solicitase licencia de esta nuestra provincia para que Lorenza al fin de sus dias se enterrase en este convento de nuestro padre San Francisco. Detúvose esta religiosa en considerar y averiguar si esto era verdaderamente voz de Dios y certficada y enterada bien de que lo era lo puso en ejecución y tuvo efecto. Escribióle sobre el caso a un religioso grave de nuestra provincia, su conocido, éste trató el caso con el ministro provincial y como Lorenza tenía muy buena opinión en casi toda nuestra provincia fácilmente le dieron la licencia. Ésta se la remitió el dicho religioso a la monja y ésta se la envió a Lorenza diciéndo que como vestía el hábito de nuestro padre San Francisco le había solicitado y le enviaba aquella licencia para que el fin de sus días se quedase en la casa de su santo padre. Quedó con esto Lorenza alabando a Dios y muy agradecida a su santa amiga. Todo este caso y con mayor extensión lo supe de la misma Lorenza y de la misma religiosa que ya murió y de ellas me informé a mi satisfacción. En él se deja ver el gran cuidado que tenía Dios con su escogida Lorenza y también lo mucho que pueden para con Su

Majestad las agencias de su estimada Francisca.

53. Estaba ya Lorenza en 54 años de edad y con el modo de vida referido, ya su naturaleza quebrantada mas sus ardientes deseos de padecer por Dios no iban a menos sino a más, anhelando a más padecer por Dios, eran de la condición del fuego que nunca dice basta. Al fin de dicho tiempo, un día de nuestro Padre San Francisco vino Lorenza a esta nuestra iglesia a la fiesta y considerando que en tal día estaría nuestro padre San Francisco para hacer mercedes se valió de la buena ocasión y le pidió a nuestro seráfico patriarca que le alcanzase de Dios algo más que padecer. Y como lo pedía y deseaba con todas veras hizo mayor instancia diciendo al santo que si le conseguía de Dios este favor en esto conocería que el santo padre la quería como a hija suya. Rara petición y poco usada en el mundo, pero fue tan acepta a Dios y nuestro seráfico padre que tuvo sin dilación su cumplimiento, porque luego al punto le dio a Lorenza un mal tan fuerte que le obligó a irse a su casa y aún acompañada, tasadamente, y con gran trabajo pudo llegar a ella. Pusiéronla en cama, sangráronla muchas veces porque era muy ardiente la calentura. Pocos días después le dieron el viático, el día 15 de octubre le dieron la extremaunción, declaró el médico que se moría sin falta, rezáronle la encomendación del alma y estaba Lorenza como muerta. Preguntóle su confesor, hermana, ¿qué es esto?, y ella respondió: lo que Dios quiere y también le dijo que en su padecimiento estaba muy bien hallada porque Cristo nuestro Señor la estaba esforzando y consolando manifestándole toda la corte celestial; y el día 19 que es de San Pedro de Alcántara declaró Lorenza a su confesor que los ángeles la habían levantado a las horas de vísperas y maitines a oir la música del Cielo con que en él se celebraba la fiesta del dicho santo. El médico que había estado firme en pronosticar su muerte pulsándola dicho día dijo: esto ya es otra cosa. Las enfermedades de la hermana Lorenza sólo Dios es quien las puede entender. Aquí quedó Lorenza con el alivio y mejoría bastante sólo para diferir la muerte mas no para salir de enfermedad porque ésta le duró continua los doce años siguientes que fueron los últimos de su vida.

54. En todo el tiempo de tan larga enfermedad prosiguió Lorenza sus santos empleos como antes, el mismo trato y comunicación con Dios, sus cotidianas comuniones tres veces en la semana sacramentalmente trayéndole un señor cura a nuestro Señor y viéndole ella venir y los otros días comulgaba espiritualmente repitiéndosele la visión de los ángeles y de San Pedro de Alcántara, como queda dicho en los párrafos 31 y 32, su caritativo comercio con las ánimas del Purgatorio, sus devociones cotidianas y sus disciplinas, sus batallas con los demonios, sus deprecaciones por las necesidades que Dios le manifestaba y por

las que sus prójimos le encomendaban. En esta tan prolija enfermedad se le aumentaron a Lorenza las visitas porque como no salía de casa ni de su cama a todas horas tenía personas que la buscaban, unas a pedirle el remedio de su agua de San Pedro de Alcántara para los enfermos, otras buscando consuelo en sus aflicciones, otras el buen consejo en sus cuidados, otras sólo por lograr la edificación oyendo sus palabras y todas a solicitar sus oraciones. Y Lorenza satisfacía a todos con mucha caridad y alegre semblante, dando a todos consuelo y edificación con santas amonestaciones. Y como en esta enfermedad por dilatada y continua se le aumentaron sus padecimientos se le aumentaron también las divinas consolaciones. Todos los días festivos de nuestro Señor y nuestra Señora y de otras fiestas principales, le concedía el Señor que a las horas de vísperas y de maitines oyese la música del Cielo con que en él se celebraban tales fiestas.

55. Acercábase ya el tiempo de cumplirse el número de los meses que Dios tenía determinado le durase a su escogida Lorenza aquesta vida mortal. Y pocos días antes que muriese le vino a visitar su gloriosa amiga Francisca para esforzarla y alegrarla con las felices nuevas que de parte del Rey del Cielo le traía. Venía vestida y adornada avio del Cielo trayendo en sus manos un cofrecito pequeño muy precioso y hermoso como fabricado allá en el Cielo. Su vista le causó a la enferma gran deseo de ver y saber lo que en aquel cofrecito se encerraba y a este deseo le respondió la celestial mensajera diciendo: Lorenza, aquí te lo tiene Dios todo guardado. Esto fue decirle y decimos que todo lo que en esta vida se hace y se padece por Dios tiene en el mismo Dios muy cierto y muy seguro el premio eterno. Con esta celestial visita quedó Lorenza avisada de su cercana partida y esforzada para pasar el cáliz de la muerte. Comenzaron luego a desfallecer las fuerzas naturales y dando los pulsos este aviso ordenó el médico que recibiese el viático sagrado y pocos días después ordenó que le diesen la santa extremaunción, que fue la última y duodécima vez que recibió este santo y último sacramento. Tres días antes de morir comenzó Lorenza a dormir en el Señor. Todo este tiempo estuvo como quien duerme dulce sueño. Estuvo con los ojos cerrados, con gran silencio y gran quietud y sosiego, si le preguntaban algo respondía y si no le preguntaban no hablaba palabra. Su confesor le preguntaba y examinaba lo que hacía y ella respondía dándole razón de todo. Y hallando el confesor que la enferma estaba en oración bien ocupada con Dios, la dejaba estar con Dios. Y así los asistentes y personas que venían a verla estaban en silencio mientras Lorenza estaba con sus ojos cerrados orando con gran quietud y sosiego. Poco antes de morir a una sobrinica suya que la asistía a la cabecera y muy de cerca le cogió la mano por debajo de la ropa y se la tenía bien asida y apretada. Y teniendo ya la respiración tan ténue que

no se conocía por la vista y parecía estar muerta, avisaba la sobrina diciendo: no se ha muerto todavía porque me tiene la mano asida y apretada. Y por fin abrió Lorenza los ojos y muy abiertos, claros y resplandecientes y los puso en un santo Cristo que tenía allí delante y mirándole con grande atención un breve rato acabó con esta vista su vida entregando su espíritu en manos de su crucificado Redentor. Y entonces la sobrina dijo: ya se ha muerto, que me ha soltado la mano. Con esta muerte preciosa coronó Dios la ejemplar vida de su escogida Lorenza, un miércoles a las diez de la noche, día 30 de julio del año pasado de 1721.

56. A la muerte de Lorenza había concurrido grande multitud de gente. Su aposento y lo demás de la casa estaba lleno. Habían venido también tres señoras, mujeres principales, convenidas entre sí a componer y amortajar la difunta. Y así luego que murió se retiró del aposento toda la gente que había en él y cerrada la puerta se quedaron las tres señoras solas para hacer su devota función; no se embarazaron en vestirle el hábito porque murió con él y nunca lo apartó de sí ni por calores del tiempo ni por ardores de calenturas en sus muchas enfermedades. Luego que comenzaron a poner mano en el cadáver sintieron en todo el aposento una suavísima y admirable fragancia que les aumentó la devoción y les causó juntamente un reverencial temor que les movió a tratar el cadáver con gran recato y con gran veneración. Y habiendo concluido esta función abrieron la puerta del aposento y entró toda la gente que se había retirado y todos percibieron la extraordinaria y suavísima fragancia que les aumentó la devoción y veneración a la difunta y les ofreció motivos para bendecir a Dios por ella. Desde entonces, todo lo restante de la noche y día siguiente hasta la hora del entierro, que se hizo por la tarde, no cesó de venir gente a ver la venerable difunta. Y todos alabando a Dios de oir lo mucho y bueno que de ella se decía. Y de aquí se adelantó la devoción común a solicitar las alhajas y prendas de la difunta que aunque pocas y pobres se repartieron bien porque eran más que muchos sus devotos pretensores y me consta que muchos de ellos han experimentado los saludables efectos de la buena fe con que los recibieron.

57. El día siguiente por la tarde se hizo su entierro en este nuestro convento con la mayor solemnidad que en esta ciudad se acostumbra, sin que persona alguna lo agenciase ni en él se gastase algún dinero porque la divina Providencia fue quien hizo todo el gasto moviendo los corazones de todos a honrar y venerar a la difunta. Todos los señores beneficiados y demás sacerdotes de ambas iglesias con sus músicas hicieron el entierro con universal concurso de toda la ciudad. Traían la difunta descubierta en media caja y venía muy hermosa, sin mostrar en el rostro la mucha edad que tenía y muy vistosa con una corona de

flores y una palma que le enviaron las monjas por su devoción. La traían en hombros seis personajes principales de la ciudad y en las tres paradas que se hicieron se remudaban otros seis. Y llegando al compás nuestro la recibieron nuestros frailes y la pusieron en el túmulo y mientras duraron los funerales la estuvieron guardando y tocándole los rosarios de los muchos que tenían esta devoción y la corona y palma allí en el túmulo fue necesario hacerla partes para satisfacer a la devoción común. La licencia que de nuestra provincia tenía Lorenza era para enterrarse en este convento donde el guardián quisiese, pero el patrón de la capilla de San Pascual, D. Juan Pedro Rato, por la devoción a la difunta y por ser ahijada de su padre solicitó que el entierro se hiciese en su capilla. Y así, concluidos los funerales, fue sepultada en la capilla de San Pascual, su cordial devoto. Y de esta suerte le cumplió Dios a Lorenza su deseo de ser sepultada donde lo había sido su fiel amiga Francisca para que no se separasen en la muerte las que habían tenido entre sí tan santa unión en la vida.

58. Muerta y sepultada ya Lorenza no se sepultaron ni murieron sus venerables memorias, vivas y permanentes quedaron en los corazones de cuantos la conocían y la conocían todos. Los doce últimos años que estuvo sin levantarse de la cama fue su casa como una tienda pública y universal para todos, donde todos hallaban luz y consuelo y edificación para sus almas y remedio también para los enfermos cuerpos. Y conociéndola todos por tan buenas experiencias, luego que murió comenzaron a publicar lo que cada uno había experimentado en ella y por ello, bendiciendo a Dios, la aclamaban uniformes todos por sierva de Dios y santa. Estas honrosas aclamaciones se las negociaron a la difunta las heroicas virtudes de su vida y estas dieron los motivos para bendecir a Dios. En la relación que llevo hecha están solamente insinuadas más no expresas y para su mayor conocimiento y mayor motivo de alabar a Dios me ha parecido conveniente el referirlas con alguna expresión y también con brevedad.

59. Fue Lorenza fiel esposa de Cristo nuestro Señor, consagrada y dedicada a su purísimo amor por voto de perpetua castidad que hizo en su profesión de la tercera de nuestro padre San Francisco. Fue una virgen del número de las prudentes, verdaderamente sabia y muy singularmente vigilante. La preciosa margarita de la virginal pureza la poseyó en posesión pacífica, libre y exenta de tentaciones impuras. En la buena tierra del corazón de Lorenza, el divino sembrador de castos consejos los sembró por ser quien es y ella cultivó su tierra con la labor de continuos y santos ejercicios así no le dio lugar a prorrumpir en malezas y vivió como ángel en carne humana. Supo guardar (a ley de esposa) su corazón todo entero para Dios sin repartirlo en indignos objetos de la tierra,

indignos objetos de la tierra, esmerándose en darle a su divino esposo gusto en todo y en no darle disgusto en cosa alguna, en esto consiste la verdadera sabiduría y verdadera prudencia y con ella Lorenza floreció tan pura que se granjeó los agrados del celestial esposo que se apacienta y descansa entre azucenas. Ha sido y es opinión común de los confesores suyos que nunca perdió la inocencia bautismal y yo soy también del mismo dictamen. En cuanto a la vigilancia de esta virgen fue tal que llegó a declararse por enemiga del sueño, quisiera ser exenta de esta natural pensión por estar siempre con Dios. Poco sueño le permitían sus enfermedades y sus santos ejercicios y esto poco le parecía mucho y para que fuese menos le rogaba a su santo ángel custodio que la despertase pronto y el ángel santo lo hacía con mucho gusto y cuidado. Al sueño lo juzgaba como una penosa muerte y no sin mucha razón pues le estorbaba el estar con Dios que es la más gustosa y más importante vida.

60. Fue Lorenza fiel amante de Cristo nuestro Señor porque el amor de Su Majestad que nos obligó penando le correspondió toda su vida padeciendo. Fue un exceso de penas y dolores lo que el Señor padeció y en este memorable exceso nos mostró la grandeza de su amor y en vista de tanto amor y tantas penas todo lo que Lorenza padecía le parecía poco y siempre deseaba padecer más y estos sus deseos insaciables nunca llegaron a verse satisfechos. En la caridad fraternal se arreglaba Lorenza al mandato nuevo que nos dio el Señor de amamos unos a otros como Su Majestad nos amó y nos amó más que a sí mismo muriendo por damos vida. Y Lorenza, atenta a esta caridad de nuestro Salvador porque sus prójimos enfermos recuperasen la salud le solía pedir a Dios que le diese a ella sus enfermedades y tal vez condescendió el Señor a sus oraciones y deseos, esto venía a ser amar los más que a sí misma. El generoso aliento de la fe que en Dios tenía Lorenza lo manifestó muy bien en las continuas guerras que tuvo contra el poder del Infierno desvaneciendo las falsedades de sus infernales sugestiones, despreciando sus amenazas sin miedo a sus rabiosas iras quedando en todos los lances invicta vencedora. La gran firmeza de la confianza que tenía en Dios le daba perseverancia en el orar y eficacia a su oración. Pedía Lorenza a Dios sin duda y conseguía sin falta y si para prueba de su confianza firme dilataba Su Majestad el darle lo que pedía no cesaba en hacer nuevas instancias hasta conseguir sus divinas misericordias. En la nobilísima pobreza y desnudez de espíritu fue Lorenza legítima hija de nuestro seráfico patriarca. Estuvo tan lejos de aficionarse a terrenos bienes que acostumbra a renunciar por amor de Dios a las consolaciones celestiales. En las muchas ocasiones que vio a la Madre de Dios se le abismaba el alma en un inefable gozo de ver tan admirable y peregrina hermosura y aquí solía decirle con una santa urbanidad: dulcísima Señora y Madre mía, yo me hallo ahora con la obligación de padecer por el Señor que

padeció y murió por mí, después será ocasión para gozar, sea todo mi gozo gloriarme solamente en la Cruz de mi Señor Jesucristo.

61. Desempeñó Lorenza muy bien las obligaciones de su nombre, imitando a San Lorenzo en la paciencia. En todos sus padecimientos se portaba Lorenza muy alegre y a Dios muy agradecida, mirando que sus dolencias se originaban de Dios y su divina Providencia. Se alegraba de ver que Dios la estaba labrando y purificando de su mano y atendiendo que en hacerla Dios partícipe de su Cruz la hacía mucha gracia y gran merced se mostraba a Su Majestad agradecida. Esto es lo que los mártires hicieron en sus martirios y los santos en sus tribulaciones. En la paciencia cristiana fue Lorenza inalterable, nunca se vio en ella indicio de turbación no se oyó de su boca palabra desabrida, siempre estuvo en su lengua la ley de la clemencia. Como Lorenza se alimentaba del mansísimo Cordero de Dios, nuestro Salvador sacramentado se le lucían y conocían las nobles calidades de este divino alimento, el cual convirtiéndola en sí mismo la hizo una apacible y mansísima cordera. Su humildad fue primorosa, Lorenza en su tribunal se juzgaba y publicaba que era la criatura más inútil y la peor del mundo, Dios que gusta de oir y tratar a los humildes para favorecerlos y honrarlos le mandaba frecuentemente a Lorenza que le pidiese el remedio de muchas necesidades que le revelaba y también con frecuencia le comunicaba sus secretos, acariciándola y honrándola con el dulce y glorioso título de hija. Y a la luz de tan altos beneficios ella reconocía más bien su propia indignidad y al paso que Dios la honraba y favorecía ella se confundía y humillaba, esto es humildad de gran primor. En fin, todas las virtudes de Lorenza fueron sólidas virtudes que comenzaron temprano desde su tierna edad y prosiguieron constantes en continuados aumentos y después de larga vida se vieron coronadas de final perseverancia. En vista de luces tan hermosas que en esta criatura encendió el Dios y Señor y Rey de las virtudes se nos deja ver con gran claridad lo que debemos hacer: tomar de ellas lo ejemplar que nos ofrecen y alabar a Dios a que nos mueven y obligan. Benedicamus ergo Patrem et Filius cum Sancto Spiritu. Laudemus et super exaltemus eum in secula.

Amen.
En este convento de nuestro padre San Francisco de Huéscar
día segundo de febrero, de este presente año, de 1722
Fr. Gregorio Romero.

Emilia Martínez Ruiz